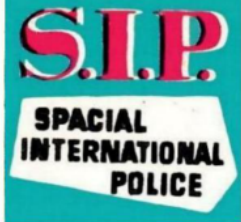


SIP

W. SAMPAS LADRONES DE TUMBAS

W. SAMPAS

SIP



LADRONES DE TUMBAS

W. SAMPAS



LADRONES DE TUMBAS



Ladrones de tumbas

Por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B. 9.945 - 1961

Número de Registro: 305 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



N aquel cielo no había luna. Eso es Venus. Y para Fedor, aquella noche, la oscuridad no representaba más que otra noche. Lo de siempre: vigilancia, paseo de un lado para otro, mirando aquí y allá. Rutina.

Era precisamente aquella rutina la que había quitado importancia a la macabra labor de Fedor: un trabajo que hubiese erizado los cabellos de cualquier mortal.

Acababa de salir de su casita, situada junto a las tapias del cementerio. Y después de lanzar una rápida ojeada al reloj, comprobando que eran cerca de las dos de la madrugada, se dijo que aquélla iba a ser su última ronda y que después se hundiría en la tibieza del lecho y dormiría como un tronco hasta la mañana siguiente.

No, no tenía miedo, ni respeto. Ni nada.

Era un hombre de cincuenta años, bajito, regordete, de costumbres sencillas, amigo de la botella, sin grandes complicaciones anímicas, habiendo vencido definitivamente aquella época primera en la que el pánico solía incrustarse de vez en cuando en su alma.

Pero aquello había pasado ya.

Verdad era que durante los primeros años Fedor había pasado malos momentos, sobre todo cuando se obligaba a salir en cada ronda con la linterna en la mano, recorriendo los desiertos y silenciosos paseos del cementerio, por las calles que delimitaban los monumentos funerarios, con sus ángeles de bronce, de rostros serios, cuyos ojos sin vida parecían clavarse en él, siguiéndole mientras se alejaba.

Ahora era distinto.

La costumbre había disipado todos sus temores y convertido en hábito lo que antes parecían extraordinario y raro.

Con un cigarrillo en los labios, Fedor avanzó por el paseo principal, mirando ambos lados y acercándose a las puertas de los panteones familiares, echando una ojeada en el interior, más por hábito que por otra cosa, iluminando vagamente el interior con la linterna y comprobando que la puerta estaba perfectamente cerrada.

¡Ah, no!

De ninguna manera significaba aquello, aquel comprobar la firmeza de las puertas que un muerto deseara escapar a su postrer destino.

No.

La realidad era mucho más prosaica, menos fantasmagórica. La comprobación se hacía para saber que lo que se encerraba en los panteones seguía en su sitio.

Porque la necesidad humana es así.

Los hombres y las mujeres se resisten estúpidamente a abandonar todo o parte de lo que han conseguido en la vida. Y así, joyas y objetos preciosos les acompañan a la tumba como si, al ejemplo de los antiguos griegos, desearan garantizarse el pago del «río sin nombre», donde un Caronte cualquiera les exigiese una fuerte suma para abrirles las puertas de la eternidad.

Fedor sonrió.

Lo hacía siempre cuando pensaba en aquello. Y aunque su cultura no era grande, recordaba haber leído—no sabía dónde — que los hombres de todos los tiempos habían hecho lo mismo: llevarse a la tumba cuanto podían.

En las tumbas antiguas —había leído —, se habían encontrado joyas, monedas, ropas preciosas, alimentos y hasta mapas para orientarse en las brumosas tierras del Más Allá.

¿No era para mondar?

Al hacer una ronda especial, en compañía de los familiares de algunos fallecidos, pudiendo entonces entrar en los panteones, habiendo visto las fortunas acumuladas allí, muchas veces había sentido rabia, pensando en cuanto hubiese podido hacer con todo aquello.

¡Majaderos!

Porque se tenía que estar trastocado para hacer un testamento en el que se ordenase que los tesoros ganados durante la vida fuesen a acompañarle a uno hasta la tumba.

Se le había apagado el cigarrillo y se detuvo para volver a encenderlo. La llama del mechero brilló intensamente en la negrura de la avenida, como algo insólito.

Fedor siguió su camino.

Por fortuna, el tiempo era templado y aquél otoño se anunciaba bueno, mucho mejor que el anterior en el que, como lo recordaba perfectamente, había hecho noches de perros, con un viento y una lluvia que le empapaba a uno antes de haber caminado media docena de metros.

Cuando llegó al extremo de la avenida, su mirada se dirigió hacia el edificio de una planta que estaba a la derecha. Aquél era el único lugar del que poseía llave. Y por eso mismo, cada vez que hacía la ronda, penetraba en él.

Era el depósito de cadáveres.

Durante mucho tiempo, sobre todo al principio de estar allí, Fedor Poblack había evitado, en lo posible, el detenerse en aquel lugar. Y mucho menos entrar en él.

Era por entonces cuando aún caminaba poco a poco, sin hacer ruido alguno, pendiente, eso sí, de todos los sonidos que se produjesen en el cementerio. Todavía estaba dominado por lo que ahora consideraba absurdo: ese miedo que las personas sienten cuando se pasean en la proximidad del Reino de la Muerte.

Pero desde que un día se decidió a abrir el depósito y a contar los cadáveres — encendiendo incluso el segundo cigarrillo de la ronda en aquel tétrico lugar —, se había sentido mucho mejor y ahora hubiese sido incapaz de pasar ante el edificio sin entrar y contar los cuerpos que allí habitualmente había.

Y no era que no lo supiese.

Desde el momento en que conducían algún cuerpo allí, después de embalsamarlo, para proceder al entierro oficial al día siguiente, se lo comunicaban a él.

En aquellos momentos tenía que haber once cadáveres: ocho hombres y tres mujeres.

Abrió la puerta, que rechinó sobre sus goznes.

«Tengo que ponerle un poco de aceite — pensó — pero nunca me acuerdo...»

La puerta desembocaba directamente en un pasillo con dos puertas a ambos lados y una al fondo. Las laterales daban a los archivos, al despacho de Pompas Fúnebres y al almacén de sustancias que los embalsamadores solían utilizar en última instancia para dar los últimos toques a los cuerpos, antes de que su familia los viese.

En cuanto a la puerta del fondo, era la que la interesaba, ya que daba al depósito propiamente dicho.

Se encaminó hacia allá.

La puerta del fondo no estaba cerrada y no tuvo más que empujarla. Al otro lado y en sentido perpendicular al del pasillo, la sala se extendía con las mesas de mármol en el centro quedando en gran espacio a los lados.

Había siempre una bombilla encendida allí, que daba una luz mortecina y pobre, que apenas iluminaba más de un par de metros cuadrados. Pero la luz no era visible desde fuera, ya que todas las ventanas estaban cuidadosamente cerradas, para evitar la entrada de insectos, siempre golosos de carroña.

Fedor, que había tirado su cigarrillo antes de entrar, encendió otro y empezó a contar hacia la derecha, sin mirar más que el bulto que hacían los cuerpos.

—Uno... dos... tres... cuatro...

No sentía la menor impresión. Y en lo hondo de su alma se vanagloriaba de haberse acostumbrado a aquello, lo que hacía que los demás le admirasen, sobre todo sus amigos que, en la taberna, cuando iba a la ciudad, le escuchaban con la boca abierta, llenos de respeto hacia lo que él trataba con displicencia y hasta con desprecio.

—Seis, siete... ocho...

Había llegado al final y volvió hacia la luz, que caía casi ante la puerta, para seguir contando los muertos del otro lado.

—Nueve... diez... once...

Estaba distraído, pensando justamente en el efecto que sus palabras solían hacer en sus amigos. Y una sonrisa de legítimo orgullo entreabría ligeramente sus gruesos labios.

Siguió contando:

—Doce... trece... catorce...

Volvió hacia la puerta, satisfecho, dispuesto a abandonar el depósito y seguir haciendo su habitual ronda por el cementerio.

Y fue en el momento en que cogía el pomo de la puerta que la verdad le golpeó como una maza.

—¡Catorce!

No podía ser.

Porque él sabía que eran once; es decir, que debían ser once.

Hundió sus sucios dedos en el bolsillo derecho de su chaqueta y sacó un viejo cuaderno, con tapas de hule. Luego se acercó a la luz, poniéndose bajo ella y humedeciéndose el dedo en los labios cada vez que pasaba una hoja.

Finalmente, se detuvo en la página que contenía los datos de aquel día.

—Once — leyó, aunque ya estaba convencido de que así debía ser.

Luego, tras una pausa y rascándose el mentón se dijo: «He debido de contar mal. Voy a empezar otra vez.

Lo hizo, esta vez con todo cuidado.

No había duda.

El número de cadáveres era el de catorce y no el de once, como rezaba en

el cuaderno.

Fedor estaba extrañado, pero lejos de sentir miedo por aquella irregularidad en la aritmética de los cuerpos.

Abandonó el depósito, cerrando la puerta tras él y convencido casi por completo de que debían haber llevado aquellos tres muertos sin molestarse en decírselo.

Tenía muchas ganas de volver a su casa, donde Mary, su mujer — él la llamaba bruja ante sus amigos —, estaría atacando a la botella de coñac que él había dejado sobre la mesa. A pesar de que le había, prometido no beber hasta que regresase de la ronda.

Porque, a pesar de todos los defectos que Mary— la bruja — tenía, Fedor no hubiese podido vivir sin ella, sobre todo sabiendo que en una cosa coincidían perfectamente: la bebida.

¿Qué podía haber hecho un hombre como él de tener que vivir solo en el cementerio?

Además, desde que su predecesor se volvió loco al quedar viudo, ya no había permitido el Municipio más vigilantes solteros o sin familia. Al otro, se llamaba Parker, le habían encontrado una mañana terminando de abrir la tumba donde semanas antes habían puesto a su mujer.

Y cuando le preguntaron qué hacía allí, contestó, sin dejar de cavar, que «su mujer le había llamado aquella noche y que deseaba saber qué quería...»

Fedor torció el gesto.

Dijeran lo que dijeran, Mary, la bruja, era una buena compañía en aquellas larguísimas noches en que, ambos sentados a la mesa, después de la ronda, bebían; trago tras trago, hasta que la botella quedaba vacía.

Ahora tenía ganas de acabar. Porque deseaba contar a Mary lo que había sucedido con los cadáveres del depósito. Aquella noche, por lo menos, iban a tener un motivo de conversación.

Porque los habían agotado todos.

Pero fue al pasar junto al panteón de los Coleman, cuya puerta tanteó como las otras, cuando se dio cuenta de que estaba abierta.

Aquello le afectó mucho más que la existencia de tres cadáveres más en el depósito. Porque el panteón de los Coleman era uno de los más importantes y de los que contenían más joyas y oro.

Sus manos temblaban cuando empujaron la puerta y también siguieron temblando cuando buscaron a tientas, y descubrieron después el interruptor que iluminó la sala profunda, al final de la escalinata.

Bajó por ella.

No se preguntaba aún cómo habían logrado abrir la puerta, cuya cerradura, como la de todos los panteones, estaba construida a base de toda clase de garantías.

En aquel momento, mientras descendía los escalones, uno a uno, todas sus ideas estaban concentradas en la horrible posibilidad de que alguien hubiera logrado robar el tesoro que se guardaba allí.

No tardó mucho en convencerse de que así había ocurrido.

Los cristales de las urnas donde solían guardarse las joyas y el oro estaban rotos en pedazos.

¡Y lo que contenían las urnas, enclavadas en la pared, había desaparecido!

Se echó a temblar.

Porque su responsabilidad le aparecía con toda claridad y ya veía de antemano el escándalo que iba a armarse en cuanto se supiera lo ocurrido.

Una ojeada más le hizo ver que los ladrones no se habían limitado a robar el contenido de las urnas. Los féretros habían sido violados y se habían llevado de los cadáveres todo lo que en ellos había de valor: sortijas, pendientes, medallas, cadenas...

Salió de allí como un loco, corriendo hacia su casa, ardiendo en deseos de comunicar a la policía lo sucedido, pensando que con un poco de suerte podrían detener a los autores de aquello y restituirlo, sin demasiado escándalo, al panteón ultrajado.

Pero al llegar a su casa, se encontró con una mujer, la suya, que después de escucharle, no se mostró partidaria de avisar por teléfono a nadie.

—Lo que ocurre — le dijo la mujer — es que has bebido más de la cuenta.

—¡Te digo que han robado en el panteón de los Coleman!

—¡Vamos a verlo!

No hubo nada que hacer.

Mary, con sus trescientas libras de peso, sabía pasar de «bruja» a harpía». Y Fedor no sentía ninguna atracción por volver a experimentar sobre sus viejas costillas la fuerza de aquellas manos nudosas y fuertes como las de un leñador.

Obedeció.

Pero mientras marchaban por la silenciosa avenida, camino del panteón, él recordó lo del depósito. Y se lo contó.

La mujer exclamó:

—¡Borracho! Tú vas a ser el culpable de que nos echen de aquí... Pero te juro que como ocurra eso, seré yo sola la que me vaya a la ciudad... ¡Tú te quedarás aquí, con unos cuantos pies de tierra encima de tu puerco cuerpo!

—Es cierto, Mary...

—¡No te creo!

—Podemos verlo.

Ella asintió.

Entraron juntos en el edificio de una sola planta.

Y una vez en la sala de los muertos, sin dejar que él diese un paso más, dijo:

—¡Espera aquí, borrachín! Voy a contarlos yo...

Fue de un lado para otro, repitiendo la operación varias veces; luego, acercándose a él, le reconvino:

—¡Idiota! Hay once...

—¡No!

—Ven y compruébalo tú mismo.

Le cogió por una manga y le obligó no solamente a seguirla sino a tocar cada cuerpo a medida que lo contaban.

—... cinco... seis... siete...

—¿Te has dado cuenta de que hay siete a este lado?

—Sí.

—Vamos al otro.

Pasaron bajo la bombilla.

—... ocho... nueve... diez... once...

—¿Te das cuenta?

Tuvieron que repetir la operación tres veces más. Hasta que él, anonadado y vencido, tuvo que rendirse a la evidencia.

—Tienes razón.

—¡Naturalmente! Tú no sabes beber y un día nos vas a buscar un disgusto.

Fedor no dijo nada.

Pero cuando llegaron ante el panteón de los Coleman, fue ella la que tuvo que callar y morderse los labios. Porque allí seguían las pruebas evidentes de que su marido habla dicho la verdad.

Estuvieron más de quince minutos.

Mary lo miró todo, pero sin tocarlo.

Era lo suficientemente inteligente para saber que la policía no le perdonaría el haber puesto las manos donde no debía; pero, de todos modos, se dio cuenta de que los ladrones no habían dejado nada de valor.

—Vamos a casa.

Mientras regresaban, pensó que quizá lo que le había contado Fedor del depósito era verdad. Ahora dudaba mucho menos.

Una vez en la casa y demostrando la autoridad que poseía, de una manera indudable, fue ella quien llamó a la policía. Por el momento hizo un sucinto relato de lo ocurrido.

Luego, cuando colgó, se volvió hacia su esposo y mirándole intensamente:

—Yo no sé si te echarán o no — dijo —, pero si tal cosa ocurre, me las pagarás. De eso no quiero que dudes.

CAPÍTULO II



TEPHAN se pasó la mano por la frente. Luego encendió un cigarrillo.

Y mirando a los dos hombres que estaban sentados al otro lado de su mesa de despacho dijo:

—No hemos sacado nada en limpio.

Stephan Wade era un hombre de unos cuarenta años, perfectamente conservado, de amplia frente, cabellos morenos y rizados, cejas espesas y labios delgados.

Activo, nervioso, todo el mundo conocía su eficacia y la población entera tenía una confianza plena en aquel jefe de policía que había conseguido pacificar una ciudad de diez mil habitantes, reduciendo rápidamente a los pocos que se habían atrevido a querer imponer su voluntad en ella.

Frente a él, Lewis Clarke y Arnold Currie, ambos inspectores, jóvenes, dispuestos, acababan de regresar con su jefe de una detallada visita al cementerio que había durado casi todo el día.

Lewis asintió con un gesto.

Luego dijo:

—No han dejado huellas, es cierto.

Y Arnold preguntó:

—¿Cree que haya podido ser alguien de West City, señor?

—¿De dónde entonces?

—Gente de la ciudad. Venusville no está más que a ciento cincuenta millas y allí hay delincuentes de todas las categorías. Yo no puedo imaginar que haya sido alguien de aquí.

—Tampoco yo lo veo claro.

Hubo una pausa.

Después, volviéndose a pasar la mano por la frente, Wade dijo:

—Las declaraciones del guardián del cementerio no nos da nada en que apoyarnos. Ese hombre está borracho la mayor parte del tiempo y su mujer es de la misma clase.

—Pero... ¿y lo del depósito?

Stephan miró a Lewis, que era el que había formulado aquella pregunta.

—Tampoco podemos estar seguros de lo que Fedor Poblack dice —repuso—. La mujer afirma que contó los cadáveres y que no había más que once. ¡Maldita sea! Es un asco tratar con gente que ha de servir de testigo y en cuya mente no se puede uno fiar...

—Es cierto.

Wade se levantó.

—Por el momento —dijo después— hay que empezar como siempre. Recorreremos la ciudad, preguntando e investigando. Quiero saber si alguien ha visto a unos desconocidos, seguramente con un coche, dirigirse por la carretera que lleva al cementerio.

—Lo haremos.

—Yo voy a casa. Si hay algo nuevo, llamadme allí.

—De acuerdo.

Wade salió y tomó su coche que tenía aparcado a la puerta de la Jefatura.

Mientras recorría las calles, que ya empezaban a iluminarse a la caída de la tarde, no dejó de pensar en aquel enojoso asunto que se había presentado en el momento menos oportuno.

—¿Quién demonios lo habrá hecho? —se preguntó.

Era muy posible que sus inspectores tuviesen razón, ya que parecía prácticamente imposible que alguien de West City se hubiera atrevido a entrar en el cementerio, donde casi todos tenían alguien enterrado.

Llegó ante su casa, en las afueras. Vivía en un hermoso hotelito, con un jardín cuyas flores, del más variado género cuidaba personalmente Beth, su esposa.

Ella estaba preparando la cena cuando él la sorprendió en la cocina, cogiéndola por la cintura y haciéndola, girar, de golpe, para besarla. Era una costumbre que jamás abandonaba y ambos reían igual, como si fuese aquélla la primera vez que lo hacían.

—Buenas tardes, querida. ¿Recibiste mi aviso?

—Sí. Pero la comida de este mediodía se ha estropeado... y te había hecho lo que más te gusta.

—¿Crema de postre?

—Sí.

—¡Qué lástima! Pero no pude venir, cariño. A veces olvidas que te casaste con un policía.

—Si lo he olvidado es que hace mucho tiempo que no faltabas a ninguna

comida. ¿Es que ha ocurrido algo grave, Steph?

—Han robado en el cementerio: en el panteón de los Coleman.

—¡Santo Dios!

Guardaron unos instantes de silencio y él se dio cuenta de que ella trataba de «digerir» aquella sorprendente noticia.

Después, ella, con los ojos muy abiertos, expresando el terror que experimentaba:

—¿Es que hay alguien capaz de hacer eso? —inquirió.

—La prueba es que lo han hecho.

—¿Lo saben los Coleman?

—No. Pienso ir esta misma noche a hablar con ellos.

—Se pondrán furiosos.

—Lo comprendo. ¿No es natural?

—Sí, pero los Coleman son, al mismo tiempo, los directores del único periódico que hay en la ciudad.

Y ya puedes imaginarte lo que dirá la «Gazette» de todo esto.

Wade asintió, con un gesto.

—Lo sé: será un escándalo desagradable.

—¿Y no puedes hacer nada para arreglarlo, Steph?

—Lo estoy haciendo, pero no han dejado huella alguna. Va a ser un caso muy difícil, querida; quizás el más difícil con el que me haya tropezado nunca.

—¿Y si pidieses ayuda a la policía de la ciudad?

Saltó, como si le hubieran pinchado:

—¡Nunca lo haré, Beth! Y tú lo sabes bien... ¿Es que has olvidado, en la última fiesta, cómo nos miraban esos tipos de la ciudad? ¿Qué se crearán los muy idiotas? No, querida... pienso hacer todo lo que pueda por este asunto. Y como ellos no pueden intervenir en mi jurisdicción sin que yo les reclame, van a tener que esperar sentados que lo haga.

—Está bien, está bien... ¿Cenamos, querido?

—Sí.

Se dirigieron al comedor y mientras ella iba a la cocina, Wade se sirvió un vaso de cerveza, mientras observaba un punto invisible delante de él.

No, nunca pediría ayuda a los de la ciudad. Allí les invitaban, a su esposa y a él, cada año. Y lo peor es que tenía que ir forzosamente. Le daba asco aquel ambiente, en el que una serie de inspectores se arrodillaban casi para adorar al superintendente Cummings.

Jamás había creído posible que la adulación llegase a tales extremos. Y por eso, porque él era incapaz de inclinarse ante nadie, era por lo que había sido tratado con frialdad.

Y si sólo hubiera sido él...

Pero lo habían hecho con Beth, aislándola en la reunión, mirándola de arriba abajo, como si se tratase de un fenómeno.

Cerró los puños.

¡Como si alguna de aquellas pintarrajeadas harpías pudiera compararse con Beth! ¡Qué más quisieran parecerse a ella!

En el momento en que llegaba a aquel tipo de reflexiones, su esposa penetró con una bandeja y él la miró, arrobado, como cuando se acercó por vez primera a ella.

Seguía siendo deliciosamente bonita y su cuerpo no había perdido nada de lo que atraía a los chicos de entonces como moscas a su alrededor. Pero él, Stephan, había sabido espantar a aquellos zánganos y ganar una partida que le había proporcionado la mujer más encantadora del mundo.

—¿De qué te ríes, Steph? —inquirió ella, al sorprenderle con aquella risueña expresión.

—De nada.

—¿Verdad?

—No, querida. Te estaba mirando y recordando todo lo que me hiciste sudar para conquistarte.

Ella dejó la bandeja sobre la mesa mientras reía alegremente.

—¿Y se puede saber a qué viene todo eso, querido?

—Nada. Lo he recordado sin darme cuenta. ¿Sabes qué eres lo más bonito que se pasea por West City?

—¡Por Dios, Steph! ¿Qué demonios te ocurre hoy? ¿De veras que no has bebido una copa con tus inspectores?

—No digas bobadas.

La mujer sirvió la mesa; pero apenas había empezado él a comer cuando el teléfono sonó con insistencia.

—Espera —dijo ella—, Voy a ver quién es.

Descolgó el aparato, sin dejar de mirar a su esposo.

—¡Diga!

—¿Casa del jefe de policía?

—Sí.

—Es usted su esposa, ¿verdad?

Ella sonrió.

—¿Y usted el inspector Currie, no?

—Ya veo que ha reconocido mi voz, señora. ¿Cómo está usted?

—Bien. Un momento. Mi esposo se pone.

Cedió el aparato a Wade que frunciendo el ceño preguntó:

—¿Qué hay de nuevo Arnold?

—Hemos encontrado un coche abandonado en la carretera número uno, señor. Y junto al coche, que está acribillado a balazos, hay el cadáver de una muchacha.

—¿La conocemos?

—No.

—Voy para allá. ¿Habéis tocado algo?

El inspector dijo:

—No, señor. He llamado al equipo de huellas que no tardará en llegar, pero no tocaremos nada hasta que usted venga.

—No tardaré mucho.

Colgó y después fue hacia el perchero, del que descolgó su gabardina.

Pero Beth, que se acercó a él, preguntó:

—¿Es que no vas a terminar de cenar?

—No puedo. Han encontrado un coche y una muchacha muerta.

—¿Crees que esté, relacionado con lo del cementerio?

—No lo sé. Volveré cuanto antes, querida.

Ella se acercó para besarle.

Después, cuando él iba ya hacia la puerta, dijo:

—¿Sabes una cosa, Steph?

Él se volvió, mirándola interrogadoramente.

—Si hubiese sabido que me iba a casar con un hombre con el que no se puede contar ni siquiera para cenar...

—¿Qué...?

—Te hubiese dado calabazas.

Y corrió otra vez hacia él, para besarle con fuerza.

Una vez sola, se sentó a la mesa. Cenó distraída, pensando en mil cosas distintas, pero preocupada sobre todo en lo que su marido tenía por delante.

Era un fastidio que hubiese ocurrido en West City aquel horrible robo en el cementerio. Wade había conseguido que la pequeña ciudad fuese un ejemplo de orden y paz ciudadanas. Desde luego, los comentarios en Venusville no iban a ser muy halagüeños si su esposo tardaba en encontrar a los culpables.

Llamaron a la puerta.

Preguntándose quién podía ser a aquellas horas, Beth tuvo la precaución de no abrir y miró por la mirilla antes de decidirse.

Pero lo hizo, rápida y precipitadamente, al tiempo que su corazón saltaba de gozo.

—¡Tú, Harley!

Un muchacho alto, de cabellos claros, se abrazó a ella, dejando caer la maleta que llevaba en la mano.

—¿Sorprendida, eh?

—Pasa, pasa... Justamente, la mesa está puesta para dos y Steph ha tenido que salir...

* * *

Wade detuvo su coche junto a los otros, que ya estaban allí. Y después de saludar a los del equipo de investigación, avanzó hasta donde el inspector Currie le esperaba.

—Buenas noches, señor.

—Hola, Arnold. ¿Vamos a echar una ojeada?

—Sí.

Fueron hasta donde se hallaba el coche, cuya carrocería estaba acribillada a balazos. Al asomarse al interior del vehículo, Wade vio manchas de sangre por todas partes. El estado de los asientos era lamentable y ofrecía desgarros por doquier.

—¿Y la muchacha?

—Está un poco más lejos, señor.

Fueron al sitio y Wade se inclinó para observar el cuerpo de la joven a la luz de la linterna que el otro llevaba en la mano.

—Debe de tener apenas veinte años — comentó.

—Sí — asintió Currie —. Y es muy bonita, además. Debieron de abandonarla al ver que había muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hemos examinado las pisadas que, a partir del coche, llegan hasta aquí y siguen por un camino, perdiéndose de nuevo en la carretera.

—¿Muchas pisadas?

—Muchas, pero casi todas de mujer. Hay sólo huellas de un hombre.

—¿Y de los agresores?

—Nada. Por la dirección de los disparos, debían de estar por allí, escondidos en el monte bajo. Pero no hemos encontrado nada; es decir, sólo las cápsulas que desprendió una metralleta. Hicieron ciento diez disparos.

Wade señaló el cadáver.

—¿No llevaba bolso?

—No hemos encontrado nada. Y creo que va a ser difícil identificarla, ya que, como es de suponer, sus huellas no estarán registradas.

—Pero alguien terminará por reclamarla: sus padres, su familia, sus amigos o su novio...

—Es lo único que podemos esperar.

Volvieron junto al coche.

Y Wade comentó:

—La matrícula es de la ciudad.

—No se fíe, señor. La hemos examinado por encima. La han pintado sobre una placa blanca sólo hace un par de días.

—Entonces, esta gente debía de pertenecer a una banda.

—Desde luego.

—¿Crees que serán los que han robado en el cementerio?

—Es posible.

—Entonces ¿quiénes eran los agresores?

—Mi versión es que debieron de reñir por el botín y que los otros, que bien podían ir en otro coche, se detuvieron aquí para vengarse.

—¿Y se llevaron a los demás?

—¿Por qué no? Debieron de obligar a los supervivientes del tiroteo a subir a su coche y se los llevaron. Vea usted que por la cantidad de sangre que hay en el interior de este coche, debió de haber varios heridos.

—Eso lo demostrará el examen pericial.

—Sí.

Hubo una pausa; después Wade dijo:

—Se nos ha caído algo «gordo» encima, muchacho. En dos días, un robo que va a traer cola, y esto. ¡Si al menos se tratase del mismo asunto!

—Todo parece indicar que sí, señor.

—No te fíes demasiado, Arnold. Esto puede ser un asunto completamente distinto. Porque si se tratase de la banda que robó el panteón de los Coleman, ¿cómo te explicas esta cantidad de mujeres? No puedo imaginarme a mujeres entrando en el cementerio.

—¿No especificó el guardián algo sobre los cadáveres que vio de más en el depósito?

—No. Por desgracia, ese borrachín de Fedor es nuestro único informador. Y su mujer, que vale tan poco como él. Pero no dijo nada de si los tres cadáveres que había de más en el depósito eran de hombres o de mujeres... aunque yo me inclino a que debían de ser de hombres.

Currie no dijo nada.

Y el jefe, después de una larga pausa, dijo:

—Creo que esto corresponde a otro asunto distinto. Y estoy por decir que se trata de algo cuya explicación tendrá que buscarse en la ciudad.

—¿Va usted a comunicárselo al superintendente?

—¿Y qué remedio me queda? Lo peor es que sus famosos hombres de paja vendrán aquí, a presumir delante de nosotros. Y que tendremos que aguantar sus impertinencias una vez más; pero no hay más remedio. Ellos pueden llegar a identificar a la muerta y poder seguir el hilo del asunto mejor que nosotros.

—¿Y lo del cementerio?

—¡Ah, eso no, amigo mío! Ahí no dejaré que nadie más que nosotros meta las narices: el asunto nos corresponde por completo.

—Pero... ¿y si los autores del robo han huido a la ciudad?

—Tenemos jurisdicción para seguirlos, ya lo sabes. De la misma manera,

los de la ciudad pueden venir a investigar lo del coche y lo de la muchacha muerta. Pero, por el momento, hemos de investigar aquí, en West City. Hay que interrogar más al guardián y a su esposa y examinar con más detalle el panteón de los Coleman.

—No hemos encontrado ninguna huella allí, señor.

—Pero tenemos que seguir buscando. Hay que mirar en todo el cementerio, hasta saber por dónde y cómo entraron. Examinaremos también la cerradura.

Y sólo cuando hayamos reconstruido el robo, podremos empezar a buscar a los culpables.

—¿Va usted a hablar con los Coleman?

Wade se estremeció.

—Sí. En cuanto amanezca. Ahora vamos a trabajar de firme. Diga a los muchachos del laboratorio que quiero que no dejen nada sin mirar. Si es preciso, nos quedaremos aquí toda la noche. Pero no quiero que los de la ciudad descubran nada que no hayamos visto nosotros. ¿Entendido?

—Sí, señor.

CAPÍTULO III



IRABA Beth al joven, que devoraba sus guisos con verdadera ansia.

—¡Vaya apetito Harley!

El otro sonrió,

—Es que eres la mejor cocinera del mundo, hermanita. Te juro que no terminé lo que me dieron en la astronave, pensando en lo que tú me ibas a preparar.

—¿Y cómo no se te ocurrió avisarnos de tu llegada?

—Me gusta dar sorpresas.

—¡Siempre serás el mismo!

También rio él.

Estaba terminando de comer y ella le sirvió un café humeante mientras el joven encendía un cigarrillo.

—Tenía muchas ganas de verlos — dijo —. Y cuando vi que me daban un

permiso de un mes, me dije que había llegado el momento de pasarlo con vosotros.

—Steph se pondrá loco de contento.

—¿Cómo sigue?

—Bien, pero...

El joven sorprendió un gesto de su hermana, cuyo rostro se había ensombrecido de repente.

—¿Ocurre algo malo, Beth? West City fue siempre de lo más tranquilo del mundo.

—Ahora no, hermano.

—¿Por qué?

Ella le relató detalladamente todo lo que su esposo le había contado del robo acontecido en el cementerio.

Harley sonreía.

—¡Parece mentira que la gente lleve sus joyas a la tumba!

—Es una costumbre de esta ciudad, Harley. Ya sabes que cuando se fundó, hace muchos años, sus habitantes eran orientales, casi todos chinos. Y sus costumbres funerarias han quedado y ahora todo el mundo las imita.

—Y esos Coleman, ¿no son los dueños de la «Gazette»?

—Sí. ¡Imagínate cómo van a apretar a la policía!

—¿Había mucho en el panteón?

—No lo sé. Pero debía de ser una de las mayores fortunas del cementerio. Los Coleman son muy importantes y tienen muchísimo dinero.

—¿Y dónde ha ido ahora tu marido?

—Le llamaron diciéndole que habían encontrado un coche acribillado a balazos y una muchacha muerta al lado del vehículo.

—¡Caramba! ¡Cómo se está poniendo esta pequeña ciudad! Sí que va a tener trabajo el pobre Stephan.

—Estoy muy preocupada, Harley.

—¿Por qué?

—Tú no lo entiendes, pero la policía de la ciudad no nos ama mucho. El superintendente está acostumbrado a que todo el mundo le tire de la levita y tú ya conoces a tu cuñado: es incapaz de hacer cosas así.

—¡Y hace bien!

—Todo lo que quieras, pero ahora, cuando el superintendente sepa lo ocurrido aquí, va a apretar los tornillos de Steph. Le obligará a que resuelva el asunto en un tiempo mínimo.

—No puede pedir milagros.

—No, pero lo hará. Sabemos que tiene un sobrino al que desea entregar el

puesto de Steph. Y si mi marido no consigue un triunfo rápido, verás como ese tipo se presenta aquí, haciéndose cargo de la jefatura de policía de West City.

—¡Pues sí que el ambiente es encantador!

—Yo estoy aburrida, Harley.

—No te preocupes, hermana.

—Eso lo dices tú. En la SIP no debe de haber cosas así, ¿no es verdad?

—¡Claro que no! En la SIP no tenemos jaleos de corte medieval, como aquí, hermana. Allí trabajamos todos, sin distinción, sin envidia ni intrigas. Por eso tenemos un jefe como Donald Callowan.

—¿Es justo?

—No puedes imaginártelo. Es el mejor hombre que existe. ¡Lástima que no haya montado aún una delegación de la SIP en Venusville! Aunque creo que no tardará en hacerlo.

—¿Crees que nos ayudarían si estuviesen, en la ciudad, hermano?

—Naturalmente.

Encendió otro cigarrillo.

Su mirada brillaba como si hubiese captado en sus pupilas la luz del fósforo que acababa de dejar sobre el cenicero.

Después, mirando a su hermana, dijo:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que voy a echar una mano a Steph.

—¿Eh?

—Escucha. Yo iré a la ciudad mañana por la tarde, y enviaré un mensaje en clave al Viejo, así llamamos a Callowan. Tengo que pedirle permiso para intervenir aquí.

—¿Te lo concederá?

—Sí, pero no quiero que digas nada a tu marido.

—¿Por qué?

—Porque le herirías en su amor propio. Yo estaré aquí como si pasase mis vacaciones, pero me ocuparé del asunto sin decir nada a nadie. Tú serás la única persona que lo sabrá.

—No debes hacerlo. Tú estás de vacaciones y...

—No seas tonta, hermana. Para mí, como para todos los agentes de la SIP, el trabajo es lo más importante de nuestra vida. Y ya supondrás que no voy a cruzarme de brazos para que mi cuñado se vea en un aprieto, sobre todo después de lo que me has contado del superintendente.

Ella asintió.

—De todos modos, no quisiera que te metieras en un jaleó por nuestra culpa, Harley.

—No temas nada. Y ahora, si quieres, vas a decirme dónde está mi habitación. Hubo una fiesta en la astronave y no he dormido mucho la noche anterior.

—Ven conmigo...

* * *

El hombre era alto, de cabellos pajizos y ojos azules que brillaban como si un fuego interno los consumiese. Iba vestido correctamente, pero su traje gris estaba manchado de sangre en muchos sitios y eso hacía que su aspecto fuera lamentable.

Los dos viejos estaban sentados ante él: el hombre, cabellos blancos y rostro bondadoso, mirándole con extrañeza. En los ojos de su mujer había más pánico que curiosidad.

El hombre tenía una pistola en la mano, pero no apuntaba a los viejos y el arma estaba caída, como su brazo, a lo largo del cuerpo, más como un símbolo que como una amenaza concreta.

—¿De veras que no reciben visitas? —inquirió una vez más, clavando la mirada de sus ojos azules en los rostros de los viejos.

Carl Olsen, el viejo, contestó:

—Le he dicho que no, señor. Sólo viene, una vez cada quince días, la camioneta de Parren con víveres para la quincena. Y sólo hace tres días que vino a traerlos.

—Ya estudiaremos ese asunto. ¿Conocen a algún médico?

—El doctor Wilson.

—¿Quién es?

—Un viejo amigo mío.

—¿Dónde vive?

—En la ciudad.

—¿Solo?

—Sí. Su esposa murió hace tres años.

—Tendrá alguna criada, ¿no?

—No. Ya le he dicho que vive solo.

Hubo una pausa.

Después, el hombre, esbozando una sonrisa que no fue más que una mueca, dijo:

—Tendremos que llamarle... y habrá: de quedarse aquí.

El viejo Olsen aventuró entonces una pregunta.

—No va a hacernos mal, ¿verdad?

—Eso depende de ustedes. Tenemos que escondernos aquí... aunque nos iremos cuando la muchacha herida se haya puesto bien.

—Haremos lo que usted diga...

Iba el hombre a contestar cuando unos pasos, en lo alto de la escalera, le hicieron volverse.

Una muchacha rubia, esbelta, vestida con un traje sastre, tan manchado de sangre como el del hombre, bajó por la escalera, mirando a los viejos.

—¿Cómo va Annette? —preguntó el hombre.

Ella no contestó hasta estar a su lado.

—Regular. Tiene mucha fiebre.

—Vamos a llamar a un médico.

—¿Para qué? ¿Para qué nos descubran?

—No temas. Estos viejos tienen un amigo médico que vive solo. Su ausencia no se notará durante unos días.

—Ten mucho cuidado, John.

—¿Es que no lo tengo?

Ella le miró a los ojos. Desafiante.

—No lo has tenido mucho. Dijiste haberlo preparado todo con cuidado y fíjate qué sorpresa nos esperaba.

—Yo...

—¡Tú debiste tener más cuidado! Bert ha muerto y Annette está muy mal. Todavía no sé cómo pudimos salir con vida nosotros.

El hombre estaba pálido.

Tomó del brazo a la muchacha y la llevó, por la fuerza, a la habitación del fondo, una salita que comunicaba directamente con el comedor.

—¿Has perdido la cabeza, Adela?

—¿Yo?

—Sí. ¡No debes hablar así delante de esos viejos! ¿Quieres que sepan más que nosotros?

—Parece mentira que nos hayamos dejado mandar por un hombre como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Que me das asco, John Curvan... eso es lo que quiero decir. ¿Es que no te das cuenta de que no podemos dejar vivos a esos viejos? Te estás ablandando mucho. Y ya sabes que nosotras no somos así. Hemos sido las que lo hemos hecho todo. Y hasta lo hubiésemos llevado a cabo, seguramente mejor, de no haberte escuchado tanto.

—Perdona, Adela... es que estoy furioso. Todavía no me explico cómo

pudieron atacarnos hace un rato.

—Desde luego, no fue la policía.

—Lo sé; pero ¿quién fue entonces?

—Ya lo sabremos. Caddie y yo hemos estado hablando arriba.

—¿De qué? — se alarmó el hombre.

—De todo. Y no estamos dispuestas a salir de aquí, a abandonar la región sin haber dado su merecido a los que mataron a Bert e hirieron a Annette.

—¡Pero tenemos que volver cuanto antes a la ciudad!

—Eso es lo que tú dices, John; pero no creas que vamos a seguir escuchándote como antes. Annette y Bert, no lo olvides, son mis hermanas.

—Ya lo sé, Adela.

—Y no vamos a dejar que unos tipos se vanaglorien de haber matado a la una y herido a la otra. Aquí podemos estar seguros bastante tiempo. Es una casa aislada y poca gente vendrá por aquí. Cuando Annette se haya recuperado, volveremos a la ciudad, a vender las joyas, pero antes, si podemos, ajustaremos las cuentas a los que nos atacaron.

—¡Pero si no tenemos ni la menor idea de quiénes son!

—Ya lo sabremos. Tenemos mucho tiempo para pensar. ¿Y ese médico?

—Voy a decir al viejo que lo llame ahora mismo.

—Bien. Y abre los ojos. No te fíes de nadie... y no olvides que el día que nos vayamos de aquí, las bocas de esos dos vejestorios deben quedar cerradas para siempre.

John no dijo nada.

Se limitó a seguir con la mirada a la joven, que subía de nuevo a la planta superior de la casa.

Él se acercó a los ancianos.

Y encarándose con el hombre dijo:

—Hay que llamar a ese doctor, abuelo. Tiene que venir en seguida. Usted le dirá que su esposa se ha herido, para que traiga todo lo necesario para hacer una buena cura. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—¿Dónde está el teléfono?

—Allí.

—Vamos... ¡espabílese!

El viejo se levantó, después de poner tiernamente la mano sobre la de su esposa, como para darle ánimo.

Luego siguió al hombre.

Una vez ante el teléfono, escuchó atentamente las instrucciones que John le daba, siguiéndolas al pie de la letra.

Y cuando colgó anunció:

—El doctor Wilson vendrá en seguida.

—Bien. Ya sabe que ni usted ni su mujer pueden salir de la casa... Pero tampoco quiero que se queden ahí sentados, como dos pasmarotes. Diga a su mujer que prepare la comida para todos nosotros. Usted puede hacer lo que quiera... dentro de la casa. ¿Entendido?

—Sí.

Dejando a los viejos en la parte baja de la casa, subió las escaleras aprisa, seguro de que ninguno de los dos se atrevería a hacer nada y menos a tocar el teléfono.

La planta superior estaba recorrida por un pasillo, que daba a la parte posterior de la casa. Al pasillo se abrían las puertas de tres habitaciones, cuyas ventanas daban a la fachada.

Todas las puertas estaban abiertas y John se dirigió a la de en medio. Penetró en la habitación.

Dos muchachas estaban sentadas junto a la cama que ocupaba la que había sido herida en la refriega, Las dos levantaron la cabeza, mirando a John.

Una era Adela, la que había bajado momentos antes. La otra, morena y menuda, vivaracha y mucho más bonita que su hermana, era Caddie.

—El médico va a venir — dijo John al entrar.

Adela le miró fijamente.

—¿Has dejado solos a los viejos?

—No harán nada.

—Te he dicho que no te fíes. Voy a bajar un poco con ellos si es que quieres quedarte aquí.

Y abandonó la habitación.

John se acercó entonces al lecho, poniendo las manos sobre el barrote de los pies y mirando a la cara pálida de la muchacha cuya cabeza asomaba por el embozo de las sábanas.

—¿Cómo la encuentras, Caddie? —inquirió en voz baja.

—Ha perdido mucha sangre, pero creo que saldrá adelante.

—Ha sido una desgracia.

La muchacha no contestó por el momento.

Pero luego, mirando al hombre, dijo:

—¿No tienes idea de quién ha sido, John?

Curvan movió la cabeza.

—No.

—Es extraño. Nosotros no hablamos a nadie del golpe que preparábamos en el cementerio. ¿Cómo pudieron saberlo?

—Me estoy preguntando lo mismo, Caddie. Pero no puedo explicármelo.
¿Te ha hablado Adela?

—¿De qué?

—A mí me ha dicho que no íbamos a salir de aquí hasta no haber vengado a tu hermana...

—Tiene razón.

—Pero ¿no comprendes que deberíamos ir a la ciudad, por lo menos durante una temporada, antes de ocuparnos de otra cosa? La policía estará buscándonos y es muy posible que no olvide visitar esta granja.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Todavía es muy pronto para hacer planes, John. Tienes que comprender a Adela. Es la hermana mayor y no puede olvidar que le haya ocurrido una terrible desgracia a Bert.

—Eso lo comprendo.

—Pero ya razonaremos todos juntos. Lo importante es que Annette salga de ésta; luego veremos,

John asintió con un gesto de cabeza.

—Adela ha sido muy dura conmigo — dijo después—. ¡Como si yo fuese el culpable de lo ocurrido! ¡Igual hubiera podido ser quien recibiese el balazo que mató a Bert!

—No le hagas mucho caso ahora. Está nerviosa y le gustaría poder demostrar a los tipos que nos atacaron que no dejamos las cosas a medias.

—Todo salió bien... al principio.

—Sí. Y tenía que haber' seguido igual. Habíamos preparado el golpe con todo cuidado.

—Ha sido una lástima; pero, al menos, tenemos las joyas.

—Eso no paga la vida de Bert.

—Ya lo sé, Caddie.

Un nuevo silencio cayó sobre ellos.

Y más tarde, cuando parecía haber transcurrido una eternidad, ambos levantaron la cabeza al unísono al oír el rumor del motor de un coche que se acercaba.

John reaccionó en seguida.

—¡Debe ser el doctor! Voy a bajar.

Lo hizo, justo cuando el vehículo se detenía ante la puerta. En el comedor, Adela estaba ante los dos viejos.

—Es el médico — dijo John, yendo hacia la puerta.

Llamaron.

John, abrió y un hombrecillo de unos cincuenta años penetró, mirando con asombro a los que no conocía; pero su seriedad cedió un tanto al ver a sus viejos amigos, hacia los que avanzó.

—¿Qué ha ocurrido, Carl? — preguntó.

Pero John cortó:

—Un momento. No podemos perder el tiempo, doctor Wilson. El herido está arriba.

—¿Y usted quién es?

John sacó su pistola.

—¡Basta de charla! O sube o lo subo yo...

Intervino el granjero.

—Haz lo que te dicen, Harry: es mejor obedecer.

El médico, que llevaba un maletín voluminoso en la mano, subió, precediendo a John y seguido a su vez por Adela. Ésta, cuando llegaron al piso superior, dijo:

—¡John!

—¿Qué quieres?

—Baja con los viejos. Yo acompañaré al doctor.

Curvan obedeció.

CAPÍTULO IV



ORRIÓ Beth a abrir la puerta.

—¡Buenos días, querido!

Besó a su esposo y después le siguió hasta el comedor.

—¡Vaya noche! — suspiró Wade, dejándose caer en uno de los sillones.

—¿No has comido nada?

—Un bocadillo, pero esperaba este momento para tomar algo caliente. ¿No te sobró cena anoche?

Ella sonrió.

—No,

—No irás a decirme que te la comiste toda, ¿verdad?

—No, pero tuve un invitado.

Wade frunció el ceño.

—¿Un invitado?

—Sí. Ahora está durmiendo en la habitación de los amigos. ¿No adivinas quién es?

—No. ¿Algún amigo de la ciudad?

—Frío.

—Dímelo, mujer. No estoy para adivinanzas...

La voz sonó tras él.

—¿No te das cuenta, Beth? El cerebro de un gran policía está siempre ocupado.

Wade dio un salto, poniéndose en pie y volviéndose, con una expresión radiante.

—¡Harley!

—El mismo.

Se abrazaron y luego se sentaron mientras la mujer iba hacia la cocina.

—¡Caramba y qué sorpresa, cuñado! ¿Algún trabajo en Venus?

—No, vacaciones.

—Mucho mejor. ¿Llegaste anoche?

—Sí, pero tú habías salido ya. Beth me contó algo de los jaleos que se han armado en esta pacífica ciudad.

—¡No me hables!

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada. Hemos pasado toda la noche en el lugar que, como ya te habrá contado tu hermana, sirvió de centro a un tiroteo enorme. Otro equipo fue al cementerio.

—¿Y qué?

—En el cementerio no hemos encontrado huella alguna. Han trabajado con una limpieza completa. Y lo malo es que los guardianes del cementerio son dos borrachines de los que no podemos fiamos en lo que se refiere a los datos.

—Robaron en el panteón de los Coleman, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué se llevaron?

—¡Casi nada! Todavía no conocemos la cifra exacta, entre joyas y oro, pero puedes calcular por encima, de los dos millones de créditos.

—¡No está mal!

—Desde luego.

—¿Forzaron la puerta?

—La abrieron sencillamente, como si tuviesen la llave original.

—Eso es curioso. ¿Has hablado ya con los Coleman?

—Todavía no. Voy a ir ahora, cuando haya tomado algo caliente. Pero, si quieres que te diga la verdad, me tiemblan las piernas. Y no es miedo, sino temor a la campaña que van a hacer. Los Coleman han sido siempre gente muy importante en la ciudad y van a armar un revuelo tremendo.

—Lo comprendo.

Hubo una pausa motivada, por la llegada de Beth que les sirvió un' suculento desayuno.

Después, mientras bebía su café, Wade preguntó:

—¿Y tus asuntos, cómo van?

—Bien.

—¡Suerte de estar en la SIP! No sabes, a veces, lo que te envidio.

—¿Por qué?

—Porque vosotros tenéis todos los medios a vuestra disposición. Aquí, Harley, estamos desnudos. La prueba es que estoy seguro de que vamos a fracasar por completo. Y eso será mi ruina en la policía.

—No debes ser tan pesimista.

—¿Tú crees?

—Sí. Háblame del tiroteo. Ha habido una mujer muerta, ¿no?

—Sí, una muchacha lindísima, pero que no era la única que iba en el vehículo. Había otras, por lo menos dos. Y un hombre.

—¿Quién los atacó?

—No lo sabemos. Hemos encontrado las huellas de dos hombres que estuvieron esperándolos, agazapados en la maleza, hasta que el coche pasó. Les tiraron a placer, ya que el coche debía disminuir la marcha en aquel lugar, puesto que se están haciendo obras en el firme. ¡No sé cómo no los mataron a todos!

—¿Qué crees que hicieron con los supervivientes?

—Debieron llevárselos.

—¿A la ciudad?

—Puede ser. Y aquí empieza la dificultad. Tenemos permiso para investigar en Venusville, pero los tipos al servicio del superintendente no nos dejan hacer las cosas como queremos e intervienen en todo.

—Estás convencido entonces de que los ladrones venían de la ciudad, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa puedo pensar? Aquí somos diez mil almas y nos

conocemos lo bastante para eliminar otras posibilidad cualquiera. Sí, Harley, tienen que haber sido forasteros.

—¿Y qué vas a hacer?

—Visitar primero a Coleman; después llamar al superintendente, informarle de lo ocurrido y pedirle permiso para empezar las investigaciones aquí y en la ciudad.

—¿Es que él no te ayudará?

—Por el contrario, estará deseándolo. Pero yo no quiero, cuñado. Porque, si les dejo carta blanca, nos invadirán, impidiéndonos hacer nuestro trabajo.

—Es curioso que no haya coordinación entre las dos policías.

—La hay, pero mal orientada. Lo que existe es una guerra sorda. El superintendente desea que uno de sus sobrinos ocupe mi cargo y espera la ocasión para salirse con la suya.

—Ya me lo ha dicho Beth.

Wade se puso en pie.

—Bueno. No puedo estar más tiempo aquí. Voy a ver a los Coleman. Perdona si no puedo atenderte como mereces.

—No te preocupes por mí. Ya tengo mi plan hecho y es posible que dedique el tiempo a dar paseos, a pescar o a nadar por ahí...

—Siento mucho no poder acompañarte. Has venido en el peor momento.

—Es igual.

* * *

Geo Coleman era un hombre alto, seco, de aspecto indudablemente distinguido, pero con un aire de soberbia y superioridad del que no podía despegarse en momento alguno.

Sentado tras el imponente despacho de director de la «Gazette» era como si hubiese ocupado un trono.

Y desde allí, dictatorial y tiránico, manejaba los teléfonos, los intercomunicadores y demás, sabiéndose el dueño absoluto de todos los que trabajaban a sus órdenes.

Cuando le comunicaron que el jefe de policía deseaba verle, hizo lo posible por hacerle esperar, cosa que consiguió, sintiéndose satisfecho de aquella vana y mísera victoria sobre Wade.

Luego, cuando finalmente le permitió la entrada, se levantó y le estrechó cordialmente la mano señalándole uno de los mullidos sillones donde el policía se dejó caer.

—Perdone — dijo Geo con afectación estudiada—. No hubiese querido hacerle esperar, pero estamos preparando la edición de hoy y ya puede usted imaginarse el trabajo que tengo...

—Lo comprendo.

—¿Qué es lo que desea, señor Wade?

Stephan frunció el ceño.

Había pensado y casi aprendido de memoria lo que debía decir, de modo a no cortarse al exponerlo; pero ahora, ante aquel hombre, las palabras se negaban a salir de sus labios en el orden que él hubiera deseado.

—Verá usted, señor Coleman... ha ocurrido algo grave.

—¡Mejor! Una noticia es siempre noticia... y cuanto más grave, mejor.

—Pero es que esta noticia le atañe personalmente.

—¿A mí? ¿Bromea usted?

—Desdichadamente, no.

El otro frunció el ceño.

—Haga el favor de explicarse.

—Eso es lo que intento hacer desde que he llegado aquí. Pero es que es un poco difícil.

—Le escucho.

—Han robado en el cementerio.

—¿Eh?

—En el panteón de su familia, señor Coleman.

—¡¡No!!

Se había puesto en pie, pálido, con los dientes apretados, los ojos brillantes como piedras.

—¡Diga que no es cierto!

—Lo es.

Hubo una pausa.

Wade estaba pasando los peores momentos de su vida.

—Estamos empezando las investigaciones, señor Coleman. Y puedo asegurarle que...

—¡Cállese! ¿Qué clase de policía tenemos en West City? ¡Santo cielo! ¡Qué vergüenza! ¿No se da cuenta de que han dejado entrar en un lugar sagrado a unos bandidos, que han profanado un sitio donde reposan mis muertos?

—Hacemos lo posible por...

—¡Qué van ustedes a hacer! Todos los hombres que tiene usted a sus órdenes no son buenos más que para detener a los carteristas, a los ladrones de poca importancia. ¡Pero esto va a saberse en todas partes! Haré una edición extraordinaria... y pediré ayuda a la policía de la ciudad, la única que puede resolver este vergonzoso asunto.

Wade se había puesto en pie.

—Creo que comete un error, señor Coleman.

Pero el otro tendió su delgado brazo hacia el policía, señalándole con el índice extendido.

—¡Usted sí que ha cometido un error al dejar que se robase en el panteón de mis mayores! ¡Va a costarle el puesto, Wade! ¡Se lo juro!

Stephan se encogió de hombros.

Había esperado algo así y no sufrió decepción alguna ante la intolerable manera de expresarse el otro.

—Haga lo que quiera. Yo seguiré cumpliendo con mi deber...

—¡Durante poco tiempo!

* * *

John fumaba, sin parar, sentado en el comedor de los Olsen.

La tarde iba cayendo y las primeras sombras cubrían ya la zona luminosa de las ventanas.

Carl, el viejo, estaba sentado junto a la chimenea, con la cabeza baja. Más allá, se oía a su esposa, que fregaba los cacharros en la cocina. Todavía había migas sobre el mantel de la mesa donde todos habían cenado, excepto Caddie, que no se había separado de su hermana.

Ahora estaban todos arriba, con el doctor.

Éste había dicho que debía operar, ya que una de las tres balas que había recibido la muchacha se había quedado en el interior del hombro y era la que estaba a punto de provocar una infección.

John volvió a encender otro cigarrillo.

No se atrevía a mirar hacia la escalera.

Arriba, en aquellos momentos, el doctor Wilson estaba empezando a operar a la joven y John no se sentía con fuerzas de saber lo que estaba pasando.

Prefería esperar.

Desde siempre, mucho antes de conocer a las hermanas Curtice, John Curvan había sido un hombre al que le desagradaba la sangre. Y no significaba esto que fuese cobarde. Había demostrado, más de una vez, que sabía jugarse la vida cuando era necesario.

Pero no amaba la sangre ni podía soportarla.

John era un hombre inteligente, único para preparar «golpes» cuidadosamente y con toda clase de detalles. Así había realizado muchos hasta que un día, en unos almacenes de París, tropezó con un grupo de muchachas a las que sorprendió «aligerando» los bolsillos de los visitantes. Le gustó aquel trabajo, la finura con que lo hacían, el encanto inocente de sus

sonrisas y la elegancia de todas ellas.

Ahora, al recordarlo, no pudo evitar una sonrisa.

Pasó mucho tiempo siguiéndolas en el almacén, viendo cómo «operaban», maravillado de la tranquilidad con que lo hacían y la «vista» al seleccionar a los «clientes».

Pero cuando seguía con interés creciente a las muchachas, se dio cuenta de que el detective de los almacenes también se había dado cuenta. Y tuvo la suerte de prevenir a las jóvenes, mientras el detective iba a telefonear a la policía.

Salió con ellas del almacén y allí mismo nació una amistad que no se había roto nunca más.

John encontró en las hermanas Curtice unas alumnas extraordinarias que aprendían rápido y bien. Les enseñó muchas cosas y ellas le demostraron que eran las colaboradoras ideales que había andado buscando desde hacía mucho tiempo.

Ganaron dinero, siguiendo los cuidadosos planes que él creaba, sin que ni una sola vez pudiera la policía echarles mano. Luego, más tarde, John se enteró de la curiosa costumbre que tenían los habitantes de West City, en Venus, al enterrar a sus muertos con joyas y oro.

Lo leyó en una revista y habló con sus socias, que se mostraron encantadas de dar aquel golpe, que iba a ser el más importante de su «carrera».

Pero todo se había torcido.

Todo no, ya que en la habitación de arriba había un maletín abarrotado de joyas y oro procedente del panteón de los Coleman. Más, de todas las maneras, una muchacha, Bert, había muerto y se habían visto en la necesidad de abandonarla. Por otra parte, Annette estaba gravemente herida.

John intentaba, como lo había hecho cientos de veces en aquellas horas que siguieron al tiroteo, encontrar respuesta a la pregunta que le quemaba dentro, como si fuese un chorro de ácido que hubiese penetrado en sus entrañas.

¿Quiénes les habían atacado?

No había nada que hacer.

Era imposible contestar a aquella espantosa pregunta. Porque, sencillamente, para John, no tenía respuesta.

Unos pasos en la escalera le hicieron volver la cabeza. Vio a Adela que descendía al comedor. La expresión de la joven era la de siempre, con el ceño fruncido y los labios apretados.

Llegó junto a él y se dejó caer en el sillón vecino.

Después, con un gesto vago, pidió:

—¿Tienes un cigarrillo?

Se lo dio, tendiéndole después el encendedor.

Ella aspiró con deleite, en el que había una punta de ansiedad, el humo, que echó después por boca y nariz.

Fue entonces cuando él se atrevió a hablar:

—¿Van bien las cosas... ahí arriba? —inquirió.

—Creo que sí. Hemos tenido suerte con ese médico: no parece malo, a pesar de ser ya muy viejo.

—Mejor.

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que Annette pueda venir con nosotros?

Ella lanzó una nueva bocanada antes de contestar.

—Precisamente he bajado para hablar contigo de eso...

—¿De qué?

—De todo. El médico dice que Annette deberá quedarse en el lecho dos o tres semanas, al menos, después de ser operada.

—¡Qué barbaridad!

Adela se encogió de hombros.

—No hay más remedio, John. No podemos abandonarla como a un perro... como hicimos con Bert.

—Fue distinto, Adela; Bert estaba...

—... muerta. Ya lo sé. Pero nunca pensé que debía dejarla tirada en una carretera...

—No tuvimos más remedio.

—Sí.

Hubo un silencio. En la cocina, la señora Olsen seguía fregando los cacharros y el ruido de los platos en el agua era el único que se oía,

Adela habló de nuevo:

—Tenemos que hacer algo, John.

—¿El qué?

—Hay que desprenderse de las joyas. Con dinero contante y sonante podremos defendemos mucho mejor.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Lo harás tú. Cogerás las joyas, la mitad por el momento, e irás a la ciudad.

—¿Cómo?

—Con el coche del doctor. Lleva la inscripción «médico» en el parabrisas y nadie te detendrá. De todos modos, saldrás de noche para pasar la zona que

pueda vigilar la policía. Incluso, si lo deseamos, el doctor Wilson te firmará un papel haciéndote pasar por un ayudante suyo. No habrá dificultad para llegar a Venusville.

—¿Y una vez allí?

—Eso te concierne a ti. Sabes muy bien dónde has de ir para «pulir» las joyas. Necesitamos dinero y estaré mucho más segura con billetes en la mano que con esas piedras.

—Está bien.

—Cuando regreses, esperaremos un poco y luego irás otra vez con el resto. Así lo liquidaremos todo.

Y si por mala suerte, la policía llegase hasta aquí, a pesar de todas las medidas que hemos tomado para evitar que sospeche, podrían registrarlo todo sin encontrar lo robado.

—Creo que es la mejor solución.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo.

—¿Cuándo saldré?

—Esta misma noche.

La llegada del doctor, que bajaba por la escalera, les hizo detener la conversación, volviendo el rostro hacia el médico.

Éste llevaba aún la bata puesta y parecía muy cansado. Se dejó caer en otro de los sillones y se quedó mirando a los dos jóvenes.

—¿Cómo está mi hermana, doctor? — preguntó Adela.

—Bien. Creo que fuera de peligro.

—Gracias.

El médico frunció el ceño.

—No me las dé. Ya sabe que he hecho todo esto por la fuerza, para evitar disgustos a mis amigos los Olsen; pero pueden tener la seguridad de que, a la primera ocasión, prevendré a la policía y les diré que son ustedes los desaprensivos que han robado en el cementerio.

Adela sonrió.

Después, con una voz de tono extraño, dijo:

—Es usted un vejete la mar de simpático, doctor Wilson.

CAPÍTULO V



E sentó Harley ante la mesa donde su hermana acababa de poner un desayuno capaz de calmar el apetito del más exigente.

—¡Me vas a hacer engordar, Beth!

—No te vendrían mal un par de kilos más.

—¡No! Si el profesor de judo de la escuela me viese comer de esta manera, me expulsaba del gimnasio. Rieron.

Después, el joven preguntó mirando a su hermana:

—¿Y Stephan?

—No ha venido aún; pero le estoy esperando de un momento a otro... ¡Este caso no le deja descansar ni un momento!

—Yo voy a empezar a trabajar en seguida. ¿Todavía tiene tu marido la moto?

—Sí. Está abajo.

—La cogeré. Es mucho mejor que un coche para ir por donde yo deseo pasearme.

—Pero ¿qué intentas hacer?

—Todavía no lo sé, hermanita. Ya te lo iré diciendo a medida de que vaya sabiendo algo.

—Es desesperante. Steph está fuera de sí. Sobre todo desde que le han

anunciado que el intendente, con dos inspectores, van a venir aquí.

—¿A investigar?

—Sí.

—Debe de ser Coleman el autor de esa broma, ¿verdad?

—Desde luego. Steph me ha contado la visita que le hizo a ese tipo. ¡Trató a mi marido como a un perro! Los Coleman se valen de su influencia, de su poder en la ciudad, de su periódico. ¿Has leído el de ayer?

—Sí. No se muestra nada amable con la policía.

—¡Son unos canallas! Mientras la ciudad ha estado tranquila, gracias a Steph y a sus hombres, mientras no ha ocurrido nada, todo eran frases amables y entrevistas al jefe de policía, con fotografías en las que todos sonreían. Y ahora, cuando Steph tiene más dolores de cabeza que nunca, cuando necesita sentirse apoyado, ese Coleman se lanza a difamarlo, pidiendo ayuda a los peores enemigos de mi marido.

—No te preocupes. Reirá mejor quien ría el último.

—No seremos nosotros, hermano,

—¿Por qué no?

—Porque el superintendente empleará todos los medios para dilucidar el asunto y dejar en ridículo a Steph. ¿Es que no sabes que quiere el puesto de jefe de policía de aquí para mí de sus sobrinos?

—Ya me lo dijiste. ¡Pero no has probado nada!

—No tengo apetito...

El ruido de la puerta, al abrirse, la hizo interrumpirse. Después, mirando a Harley, dijo;

—Debe ser Steph.

En efecto, Wade penetró en la habitación, soltando un «¡hola!» apagado, que dirigió a su cuñado. Después dio un beso fugaz a su esposa y se sentó al otro lado de la mesa.

Parecía tremendamente cansado y Harley notó los cercos que rodeaban sus ojos.

—¿Mucho trabajo? — inquirió, intentando hacer brotar una sonrisa de aquel rostro serio.

—Sí — repuso lacónicamente, Wade.

—¿Algo nuevo?

Steph tardó ahora un poco en contestar. En el brillo de sus ojos se notaba que estaba furioso.

—Ha habido otra muerte, Harley.

—¿Sí?

—Sí. Esta noche, una de nuestras patrullas llamó con urgencia desde el

kilómetro quince de la autopista.

—¿Qué había pasado?

—Encontraron un coche carbonizado, con su conductor dentro, en un estado horrible, quemado hasta, los huesos.

—¿Quién era?

—Un pobre viejo... un médico al que todos estimábamos mucho.

Intervino Beth, con una expresión de sincera angustia pintada en el rostro.

—No te referirás al doctor Wilson, ¿verdad? —inquirió.

Wade asintió con la cabeza.

—Sí, querida: era él.

—¡Dios mío! ¡Qué horror! ¡Pero si ese hombre era incapaz de hacer daño a nadie!

—Ya lo sé.

Harley miró a su cuñado.

—¿No sospechas de quién ha podido ser el autor, Steph?

—No. No encontramos nada. Debieron de hacerle parar, le mataron y quemaron después el coche.

—¿Puede tener relación esta muerte con lo demás?

—Lo ignoro. De todos modos, hemos sabido que el doctor Wilson faltaba de su casa desde hace dos días. Aunque esto no tiene nada de particular, ya que el pobre Wilson solía salir a visitar a sus clientes, casi todos habitantes de granjas esparcidas por el campo. Muchas veces, sus pacientes no le dejaban marcharse y le retenían allí, considerándole como un huésped de honor.

—Comprendo.

—Quien haya matado a ese hombre no tiene perdón posible: era un verdadero santo.

—¿Se sabe ya la noticia?

—Sí. La emisora local la ha difundido y espero que Coleman se complacerá en colocarla en la primera página de la «Gazette», con los mayores titulares que posea y con la archisabida pregunta de «¿qué hace la policía?»

—¿No te parece —inquirió el agente de la SIP, después de una corta pausa— que la muerte del doctor Wilson indica claramente que la banda debe estar aún por los alrededores?

—¿En qué te fundas para creer que ellos son los culpables?

—En todo. Mi idea es que el doctor debió de verlos.

Y al descubrirlos en su escondite actual, ellos mataron al pobre viejo para impedir que les delatase.

—No es mala tu idea, pero tiene un defecto, Harley.

—¿Cuál?

—¿Olvidas que alguien disparó contra la banda? Eso hace que tengamos dos grupos de gente capaces de asesinar.

—Es verdad.

—El asunto es mucho más oscuro de lo que parece, cuñado.

—Sí, pero no puedes dejarte intimidar por su complejidad. Yo, en tu lugar, empezaría por visitar todos los lugares donde los ladrones del cementerio hayan podido ocultarse. Fíjate bien que ellos huían hacia Venusville; pero que la agresión de la que fueron objeto se lo impidió. Uno de ellos, una muchacha, a la que no habéis podido identificar, murió. Y el coche quedó acribillado, inútil para proseguir la huida. Es lógico que los supervivientes de la banda buscasen refugio en alguna parte.

—También pensaba yo como tú. Hemos recorrido, Harley, todas las granjas de la región. Y nadie ha visto a ningún grupo en huida.

—¿Cuáles son las más cercanas al lugar en el que el auto de la banda fue acribillado y encontrasteis el cadáver de la muchacha?

—Hay tres: la de los Currie, la de los Flemond y la de los Olsen.

—¿Las habéis visitado?

—Sí. Los Currie. y los Flemond son familias muy numerosas, cargadas de hijos.

—¿Y los Olsen?

—Son un par de viejos simpáticos. Yo pensé que era el lugar ideal para que esos bandidos se ocultasen. Me recibió el viejo, que esperaba la visita de una sobrina suya que llega de la Tierra uno de estos días. Estuve charlando con él en el comedor de la casa.

Y puedo asegurarte que el viejo Carl es incapaz de ocultarme nada. Ha sido siempre un hombre de orden y un verdadero amigo de la Ley.

—¿Y su mujer?

—Ya te he dicho que estaban esperando la visita de una sobrina: Felicie Olsen fue a Venusville a esperarla.

—Pueden haberse ocultado lejos del lugar del asalto.

Wade se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que hemos visitado todas las granjas.

—¿Y no hay cuevas o cabañas aisladas?

—No. Es como si se les hubiera tragado la tierra. A los ladrones del cementerio y a los otros, a los que dispararon sobre ellos. Creo que éstos deben de ser una banda rival o parte de la primitiva que, por desavenencias, se separó de los otros, lanzándose sobre ellos para apoderarse de lo robado.

—Es muy posible.

Wade había terminado de desayunar y se puso en pie.

—Perdona, Harley, pero quiero echarme un rato. Dentro de un par de horas tengo que ir de nuevo a Jefatura.

—Bien. Yo voy a dar una vuelta por ahí. ¿Me dejarás tu moto?

—¿No quieres el coche?

—No, prefiero la moto.

—Tómala. Está abajo, en el garaje. Debe de estar bien y dispuesta porque la limpié y engrasé hace poco.

—De acuerdo.

Intervino Beth.

—¿Vas a tardar mucho, Harley o estarás aquí a la hora de comer?

—Sí tardo un poco, no os preocupéis y comed sin mí. ¡Hasta luego, pareja!

—Adiós.

* * *

Adela escuchaba los boletines que la radio iba dando. Sentada junto al aparato, estaba de espaldas al doctor Wilson, que sentado en un sillón dormitaba, con un cigarrillo apagado entre los labios.

Y la voz del locutor dijo de repente:

Señoras y señores: un nuevo hecho delictivo se ha producido esta noche. Un coche de la patrulla policiaca, que en estos días no tienen descanso alguno, descubrió, en el kilómetro 25 de la autopista que une nuestra ciudad con Venusville, los restos carbonizados de un vehículo, en cuyo interior había un hombre, o mejor dicho, un cadáver completamente carbonizado.

Prevenido por radio, llegó poco después al lugar del suceso el jefe de la policía local, Stephan Wade, acompañado por los técnicos de su departamento, que procedieron a realizar los primeros trabajos de identificación, descubriendo poco después que el infortunado ocupante del coche no era otro que el doctor Harry Wilson...

Adela bajó el tono, echando una mirada hacia el médico.

Pero Wilson dormía plácidamente.

El vehículo — prosiguió diciendo el locutor — fue también reconocido como el del infortunado doctor, cuyos restos mortales fueron conducidos inmediatamente al departamento anatómico de nuestra ciudad. Ya podrán ustedes imaginarse el estupor público y el dolor que ha producido esta luctuosa noticia.

Todos nosotros conocíamos al viejo doctor Wilson y la ciudad entera lo

amaba, como lo demostró el año pasado al hacerle un merecido homenaje en el que radio West intervino, dándose el nombre del doctor a una de las calles de la ciudad...

La policía prosigue sus trabajos y todos esperamos con ansiedad el mámenlo en que sea comunicado el nombre del asesino...

Adela cerró el aparato.

Estaba pálida y tenía los labios fuertemente apretados.

¡Así que habían matado a John y robado las joyas!

Estaba visto que alguien se interesaba por quedarse, cómodamente, con lo robado. Indudablemente, los mismos que les habían ametrallado a mansalva y matado a Bert.

Desde el día anterior, en el que la policía había visitado la casa y que Adela obligó al viejo a recibirlos, contándoles lo de la visita de su sobrina — único medio para obligar a la señora Olsen a permanecer en el primer piso — la joven no había dejado de estar nerviosa.

Sin saber por qué.

Y cuando despidió por la noche a John, que iba en el coche del doctor a llevar la mitad de las joyas a la ciudad, tuvo un mal presentimiento que procuró alejar de su mente a la mayor velocidad posible.

Pero ahora...

No dejaba de sentir la muerte de John; pero, sinceramente, lo que más lamentaba era la pérdida de las joyas.

¡La mitad de lo robado!

Cerró los puños, diciéndose que ahora debía ser ella la que tomase el mando, ya que John, desde el tiroteo, se había dado cuenta de que Adela se había convertido, por la fuerza de las circunstancias, en el verdadero jefe de la banda.

«Pero estoy sola aquí — pensó —, encerrada en esta casa, sin poder salir para ver lo que se puede hacer.

Y si me quedo aquí, terminaremos por caer en las manos de los polizones o esos misteriosos enemigos vendrán aquí a buscar la otra mitad de las joyas...»

¿Y si hubiesen hecho hablar a John antes de matarlo?

Tenía que hacer algo. Pero ¿cómo?

La idea llegó a ella poco después, formándose poco a poco, tomándose sólida y consistente a medida que la estudiaba con más detalle.

Había sido estupendo el decir a la policía que estos viejos esperaban una sobrina y que Felicie había ido a buscarla a Venusville...

Subió al piso superior, donde Caddie, la menor, cuidaba de Annette.

—Quiero hablar contigo, Cad.

—¿Qué quieres?

—Han matado a John y se han llevado la mitad de las joyas.

—¿Quién ha sido?

—Los mismos que dispararon contra nosotros.

—¿Y qué podemos hacer?

—Escucha. Yo voy a salir, haciéndome pasar por la sobrina de los viejos. Pero quiero que tú tengas mucho cuidado y vigiles a los Olsen y al doctor. ¿Lo harás?

—Sí; pero ¿y Annette?

—El doctor cuidará de ella mientras yo estoy fuera. No estaré mucho tiempo ausente. Pero quiero ver cómo podemos salir de aquí y ver si, al mismo tiempo, puedo descubrir quiénes son nuestros enemigos.

—¿No es peligroso, Adela?

Ésta sonrió.

—No temas.

—Está bien. Haré lo que quieras.

—Cuida mucho y no pierdas de vista a ninguno de los viejos. Ah, otra cosa: no dejes que oigan la radio.

—¿Por qué?

—Porque han creído que John era el doctor Wilson.

—¿Eh?

—Sí. Quemaron el coche con el cadáver dentro.

Y estaba tan carbonizado que no pudieron identificarlo.

—¡Canallas!

—Déjalos. Aunque sea la última cosa que hagamos, vengaremos a Bert. Puedes estar segura.

—Y también a John.

Adela se encogió de hombros.

—También — dijo sin demasiada fuerza en sus palabras.

Luego fue a ver al matrimonio Olsen, con los que habló largo rato, advirtiéndoles que siguiesen comportándose como hasta entonces si no querían que algo malo les ocurriese.

Tenía confianza en aquel par de tímidos viejos, pero mucho menos en el doctor.

También habló con éste.

Poco después se cambió de vestido: se puso uno de los que habían llevado, en la maleta común. Salió de la casa, utilizando la bicicleta que la mujer de

Olsen solía utilizar cuando iba a la ciudad.

CAPÍTULO VI



ORRÍA Harley no muy aprisa a lo largo de la autopista.

Se había detenido, unos instantes, para examinar el sitio donde Wade le dijo que el coche de los ladrones de tumbas había sido ametrallado.

Pero allí no quedaba nada de importancia y el joven agente de la SIP prosiguió su camino. Después tomó un camino bastante amplio que conducía a las granjas que la policía había visitado infructuosamente.

Y fue entonces, al tomar una de las curvas, cuando vio a la muchacha de cuclillas junto a la bicicleta que había apoyado en un árbol,

Se acercó, frenando.

—¿Dificultades? — inquirió con una sonrisa.

Ella le había mirado acercarse, muy seria.

Pero ahora sonrió también.

—¡No hay nada que hacer! —exclamó, gozosa—. Se ha reventado la rueda de detrás y he visto que no hay parche ni nada semejante en la bolsita de averías.

¡No sé cómo la tía puede ir con este trasto!

—¿Iba usted a la ciudad?

—Sí.

—Puedo llevarla si quiere.

—No. quisiera molestarle.

—No es molestia. Yo estaba paseando, sin saber qué hacer. ¿Vive usted por aquí?

—Sí. En casa de los Olsen: soy su sobrina.

¿Conque aquélla era la sobrina de los Olsen de la que le había hablado Steph?

Pues no estaba mal.

Alta, con una hermosa cabellera rubia y unos ojos azules profundos y bellos. A Harley le encantó el haber tenido la suerte de encontrar a la muchacha y después de ocultar la bicicleta en un lugar donde pudieran hallarla con facilidad subió a la moto. La joven se colocó atrás.

—¿Preparada?

—¡Cuando quiera!

Mientras ponía el vehículo en marcha, Harley se dijo que no había tenido ni tiempo para preguntarle su nombre. Pero era igual. Por el momento la mano de la muchacha le rodeaba la cintura y aquello le proporcionaba una sensación de inefable contento.

Dio gas.

Hacía mucho tiempo que no montaba en motocicleta, pero volvió a tomar el mando de ella, deslizándose como una exhalación por la bien cuidada pista. El vehículo era potente y respondía dócilmente a lo que el hombre exigía de él.

Al llegar a las cercanías de la ciudad aminoró un poco la marcha, penetró por una de las avenidas principales. Se detuvo poco después junto a una de las cafeterías más elegantes de la calle.

—Espero que me permitirá invitarla, señorita Olsen.

Ella sonrió.

—¡Naturalmente! Aunque debía ser yo quien invitase.

—No diga eso.

Penetraron en el establecimiento y tomaron asiento en una de las mesitas

apartadas del fondo. Pidieron luego m jugo de frutas, y cuando el camarero se alejó ella preguntó:

—¿Lleva usted mucho tiempo en West City?

—Tres días. He venido de la Tierra a pasar las vacaciones con unos parientes.

—¡Ah!

—¿Y usted?

No convenía que ella supiese lo que él sabía.

—Llegué anoche Vivo en París.

—Deliciosa ciudad.

—Sí, muy hermosa.

Charlaron de muchas cosas, todas ellas intrascendentes. Después ella, al cabo de un corto silencio que se había establecido entre ellos dijo:

—Mi pobre tía está aterrorizada con lo que está ocurriendo aquí. ¿Se ha enterado usted de ello?

—¿Se refiere a lo del robo del cementerio?

—No solamente a eso, sino a los muertos. Tía Felicie me ha dicho que encontraron a una muchacha muerta y que también mataron al doctor Wilson.

—¿Le conocía usted?

No, pero era el médico de mis tíos y ellos lo han sentido como si hubiesen perdido a alguien de la familia.

—Eso he oído decir. Todo el mundo le quería mucho.

Ella se puso en pie.

—Debo irme, amigo, mío... Y ahora que recuerdo no conozco su nombre.

—Me llamo Harley Riley, señorita Olsen.

—Puede llamarme Adela.

—Y usted Harley.

—De acuerdo.

—¿Cómo volverá a la granja?

—Tendré que alquilar un taxi.

—¡Eso no! Yo la he traído y yo la llevaré. ¿De acuerdo?

—¿No es mucha molestia?

—No.

—Entonces, si es tan amable, puede venir por aquí dentro de un par de horas.

—Está bien.

—Hasta luego, Harley.

—Hasta luego, Adela...

La muchacha se alejó y él la siguió con la mirada, impresionado seriamente por su silueta deliciosa. Luego, alejándola de su mente, se dijo que ya que estaba en la ciudad debía aprovechar el tiempo. Y dejando la moto ante el local de la cafetería se dirigió a hacer una visita que deseaba realizar desde que se enteró del robo del panteón de los Coleman.

Por fortuna, entre las documentaciones que llevaba tenía una tarjeta del «Washington Post», que había utilizado en uno de sus últimos trabajos en el que había tenido que tomar la identidad de un periodista y que ahora le vendría de perilla.

No tardó en encontrar lo que buscaba.

El edificio de la «Gazette» era uno de los más altos de la ciudad y en él penetró, preguntando si podía ver a Coleman.

Le hicieron esperar largo rato y rellenar un interminable impreso; pero finalmente, y cuando ya empezaba a desesperar, fue conducido e introducido en el monumental despacho del director.

No se había equivocado Wade al juzgar a aquel hombre, cuya mirada despótica desagradó al muchacho; pero, haciendo de tripas corazón, estrechó cordialmente la mano que el otro le tendió, acompañando el gesto con una sonrisa amistosa.

—Soy Harley Riley — dijo —, del «Washington Post». Llegué anoche y he podido leer la maravillosa información de la «Gazette».

Geo sonrió, halagado.

—Hacemos lo que podemos, señor Riley. No es mi periódico uno de la categoría en el que usted trabaja.

Harley dijo:

—Con franqueza y sinceridad, señor Coleman: no tiene nada que envidiarnos. La valentía de la campaña que hace contra la policía es francamente notable.

—Me alegra que le guste. Pero sepa que nos basamos en la realidad,

—Ya lo sé. Me he permitido tantear un poco la opinión pública.

—¿Y qué ha sacado de ello?

—Que todo el mundo está con usted... menos la policía, como es natural.

—Poco me importa. Estoy esperando la llegada del superintendente de Venusville, que, estoy seguro, dilucidará el asunto en poco tiempo.

—Eso espero. Y hablando del robo del que el panteón familiar fue objeto... ¿a qué cantidad estima usted que ascendía lo robado?

—No puedo decírselo.

—Es curioso.

El otro sonrió.

—No lo crea. Lo que sucede es que todos los valores que mis antepasados colocaron en su última morada fueron inventariados por nuestro asesor jurídico, el notario Bruke.

—¡Ah!

—Todas las familias han hecho igual. Ya comprenderá que a la lectura del testamento era siempre el señor Bruke, como notario, el encargado de hacer cumplir los deseos de los fallecidos.

—Es lógico.

—Por eso, si usted desea, para una información, como supongo, saber la cuantía de nuestras pérdidas, el señor Bruke, al que puedo telefonear anunciándole su visita, se hará un placer de informarle con toda clase de detalles.

—No sabe usted cuánto se lo agradezco.

—No tiene importancia. Entre colegas hay que echarse una mano, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Puede ir a ver al señor Bruke, yo le avisaré mientras tanto. Vive en Main Street, al final de la calle, en una finca muy bonita. Y ya sabe, cuando desee venir a por más información, me tiene a su servicio. Con anunciarse habrá bastante.

—Muchas gracias por todo.

—Hasta la vista, amigo.

—Adiós.

* * *

Nada más sacar la cabeza de debajo del agua, Tom miró hacia arriba.

—¡Ahora te toca a ti, Al! —gritó.

Desde lo alto del tercer trampolín, Al hizo un gesto de asentimiento, preparándose después para dar un salto «de carpa», que realizó con una precisión extraordinaria.

Al otro lado de la piscina, y bajo el parasol, Alfred Bruke miró a su esposa con un brillo de orgullo en los ojos.

—¿No es magnífico, Cis?

—Sí, Alfred: tenemos dos hijos maravillosos.

—Es cierto.

Vieron cómo Tom, que había salido del agua, se dirigía hacia la escalera del trampolín, por la que subía veloz y ágilmente para saltar de nuevo, ahora con un «ángel» impecable.

El teléfono blanco se dejó oír sobre la mesa.

Bruke tomó el aparato y se lo acercó al rostro.

—¿Diga?

La voz del ayuda de cámara llegó hasta él.

—El señor Coleman acaba de llamar hace unos instantes, señor.

—¿Y por qué no ha conectado conmigo, Mathias?

—El señor Coleman dijo que no era necesario, señor. Comunicaba solamente al señor que un periodista de Washington venía a visitarle. Y ese señor acaba de llegar.

—Bien. Condúcelo hasta aquí.

—Sí, señor.

Momentos más tarde, Harley, que ya había admirado el interior de aquella fantástica vivienda, penetraba en el jardín, caminando en pos del criado hacia la piscina.

Coleman no le había engañado al decirle que le sorprendería la finca del notario. Y cuando llegó junto a la pileta, viendo a los dos hijos que salían en aquellos momentos del agua, tuvo que rendirse a la evidencia y pensar que el notario era el jefe de una familia muy unida.

Alfred Bruke se levantó para estrechar la mano del recién llegado.

—Encantado de conocerle, señor...

—Me llamo Harley Riley, del «Washington Post».

—Ésta es mi esposa, Cis... y éstos mis hijos Tom y Al.

Eran dos muchachos fuertes que, pensó Harley, hubieran hecho dos formidables agentes de la SIP. Después de estrechar la mano del «periodista», se excusaron, diciendo que iban a vestirse.

—Siéntese, por favor — dijo el notario cuando sus dos hijos se alejaron. Preguntó—: ¿Quiere tomar algo?

—Muchas gracias. No vendría mal un poco de cerveza. Hace bastante calor.

—Es cierto. Tenemos un tiempo muy bueno.

Pulsó un timbre que había sobre la mesa. Se presentó un criado, que recogió el encargo, volviendo después con una botella de cerveza que estaba empañada por el frío.

Harley degustó el líquido.

Luego, sin dejar de sonreír, dijo:

—El señor Coleman tuvo la amabilidad de decirme que podría dirigirme a usted para completar unos datos de un reportaje que quiero llevarme a la Tierra.

—¡Ah! ¿Se va usted pronto?

—Por desgracia no puedo quedarme mucho tiempo. Vine de vacaciones a Venus y fue una verdadera casualidad que cayese en mi poder un ejemplar de

la «Gazette». En él vi lo que había ocurrido aquí y por eso vine a West City.

—Comprendo, señor Riley. West City no es un lugar atractivo para nadie.

—Pues aquí se está muy bien. Es quizá éste uno de los rincones más agradables que nunca vi.

—Muchas gracias, amigo mío. Pero el que yo haya construido esta casa le demostraré a usted que he tenido que crear algo aparte para mi familia. Estamos muy unidos y nos separamos muy poco. De todos modos, mi deseo, he de confesarlo, sería el de regresar a la Tierra.

Suspiró, y tras una corta pausa dijo:

—Es lo que pienso hacer en cuanto termine mi contrato con la Municipalidad de West City, cosa que ocurrirá el año próximo.

—Es natural — dijo Harley —. La Tierra sigue siendo lo mejor para todos.

—Desde luego. Y dejando esta conversación, ¿qué deseaba usted de mí, amigo mío?

—Conocer el importe de las joyas robadas en el panteón de los Coleman.

—Nada más sencillo, ya que me lo sé de memoria. El importe asciende, exactamente, a dos millones trescientos cincuenta y tres mil créditos.

—¡Caramba! No sabía que fuese tanto.

—Pues así es. Los Coleman son quizás una de las familias más pudientes de la ciudad.

—¿Y las otras familias?

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero a que muchas tienen también joyas en los panteones. ¿No es cierto?

—Lo es.

—Y deberá haber una verdadera fortuna entre todos.

—Desde luego, pero el secreto profesional me impide darle las cifras totales. Si le he facilitado la de los Coleman es porque, desdichadamente, no es ya un secreto para nadie.

—Ha sido muy lamentable.

—Tremendo. Claro es que nos hemos confiado a una policía que no estaba a la altura del tesoro que guardaba nuestro cementerio; es decir, que guarda aún. No tengo más que decirle que los vigilantes de este lugar son los viejos borrachines. Pero nuestro jefe de policía, Stephan Wade, no mereció nunca el puesto que ocupa. Afortunadamente, las cosas van a cambiar.

—Eso he oído.

Y fue en aquel momento cuando el criado se acercó, inclinándose junto a su señor para musitarle algo al oído.

El rostro de Bruke resplandeció de un gozo que no podía contener.

—¡Hazlos pasar inmediatamente! — exclamó. Luego, mientras el criado se alejaba, se volvió hacia Harley—. ¡Eso es tener suerte, amigo periodista!

—No entiendo.

—Acaban de anunciarme la visita del superintendente de la policía de Venusville, al que conozco desde hace mucho tiempo y que viene acompañado por dos inspectores. Así podrá usted completar la información, ¿no es cierto?

—Sí. No sabe cuánto se lo agradezco.

—¡Bah! No tiene importancia.

Tres hombres avanzaban ahora, siguiendo al criado, hacia la mesita que los Bruke y Harley ocupaban. Los dos se pusieron en pie para recibir a los que se acercaban.

Hechas las presentaciones, y cuando todo el mundo volvió a estar sentado, mientras el criado iba en busca de más refrigerios, Harley pudo estudiar con más detalle a los que habían llegado.

Conrad Cummings, el superintendente, era tal y como había pensado, sobre todo después de lo que su cuñado le había dicho: alto, seco, despótico, pero meloso al mismo tiempo, poseía las características generales de los hipócritas.

En cuanto a los otros dos, uno de ellos, el que había sido presentado como Fred Cummings, era el mismísimo retrato del otro que, sin duda alguna, debía ser su tío.

Después de las banalidades rituales, el superintendente fijó su atención en el joven agente de la SIP.

—Me alegro muchísimo — dijo — de que haya venido usted por aquí en estos momentos. Tanto para West City como para Venusville, la presencia de un corresponsal de Washington tiene hoy una gran importancia. Porque deseamos que el mundo conozca lo que nos preocupamos por resolver un asunto verdaderamente enojoso y que, hay que decirlo, cubre de vergüenza a la policía local.

—Puede usted contar con una información completa.

—Así lo esperaba y se lo agradezco. Hace sólo unas horas que hemos llegado a la ciudad y ya hemos tomado medidas importantes que deseo haga saber a sus lectores.

—Perfectamente.

—Lo primero que hemos hecho ha sido exigir la dimisión del actual jefe de policía, Stephan Wade.

Harley tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que la emoción que sentía no se transparentase hasta hacerse visible.

—¿La han obtenido? —inquirió, procurando dar a su voz un tono normal.

—Sí, aunque es indudable que Wade es un presuntuoso inveterado. Nosotros, que no somos crueles como él piensa, hubiésemos deseado que se quedase en la policía, donde siempre hubiese habido un puesto para él. Pero se ha negado rotundamente y se ha ido, reclamando la excedencia.

—Comprendo.

Le costaba escuchar a aquel tipo, ya que estaba viendo con los ojos de la imaginación la escena que debía de estar desarrollándose en la casa. Y al pensar que aquel imbécil había pisoteado de aquella manera a su cuñado y hecho llorar con toda seguridad a su hermana, estuvo a punto de no contenerse y decir lo que pensaba de él.

Pero logró dominarse.

—Por otra parte — seguía diciendo el superintendente —, hemos montado una guardia especial alrededor del cementerio. El alcalde se puso inmediatamente a nuestra disposición, viendo claramente cuáles eran nuestros propósitos. Ya comprenderá usted, amigo Riley, que no podemos permitir que lo del cementerio vuelva a repetirse.

—Desde luego.

—Sería un golpe del que no podríamos salir airosos. Por eso hemos creado una guardia especial, que pagarán las familias que tienen joyas en los panteones. ¿No le parece lógico?

—Lo es. Pero ¿y los ladrones?

—Pronto estarán en nuestras manos.

—¿Las dos bandas?

Cummings frunció el entrecejo.

Preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, según he oído, los ladrones fueron atacados y quedó uno de ellos, una mujer, muerta y abandonada junto al coche acribillado a balazos.

El superintendente sonrió.

—Tenemos ya mucha más información de la que usted piensa, amigo. No hay dos bandas, sino una sola, que se dividió al no estar de acuerdo en el reparto de las joyas. Ésa es mi tesis y los hechos vendrán a corroborarla.

—¿Y quién mató al doctor Wilson?

—También lo sabremos, amigo mío. El pobre doctor debió de ser sorprendido por alguno de los dos bandos que andan separados y escondidos. El cazarlos y reducirlos es cuestión de días, o quizá de horas.

Harley, que había echado una rápida ojeada a su reloj, recordando la cita que tenía con la sobrina de Olsen, se puso en pie.

—Le agradezco muchísimo, señor Cummings, la preciosa información que acaba de darme. Y ahora permita que me vaya, ya que deseo enviar el primer

reportaje hoy mismo.

—No olvide mencionar el cambio de jefatura —intervino el sobrino, con una sonrisa que produjo náuseas a Harley.

—No lo olvidaré. Mañana, si me lo permiten, pasará por jefatura para ir recibiendo información a medida que se produzca.

Fred asintió:

—Me tendrá usted a su disposición, señor Riley. Mi tío regresa hoy mismo a Venusville, donde tiene mucho que hacer, como ya comprenderá usted.

—Muchas gracias por todo —repitió Harley.

Y tras saludar a todos e inclinarse ceremoniosamente ante Cis Bruke, abandonó la casa.

Tuvo la suerte, mientras miraba las manecillas del reloj con una impaciencia tremenda, de coger un taxi que le dejó poco después ante el local donde había dejado la motocicleta.

Ella estaba ya allí.

Al penetrar en el bar, Harley se sintió nuevamente impresionado por la muchacha, hacia la que se acercó confuso.

—Perdone la tardanza, Adela.

—No se preocupe. Vi la moto y me dije que algo le había, retenido; aunque, después de todo, no estaba obligado a llevarme.

—Prefiero hacerlo... si es que no le disgusta.

—En absoluto.

Salieron poco después y la motocicleta se lanzó hacia la salida de la ciudad. Tomó la autopista y se dirigió hacia la granja de los Olsen.

Pero cuando se acercaban al lugar donde habían dejado la bicicleta, la muchacha dijo:

—Pare aquí, por favor.

Él obedeció.

—¿No quiere que la lleve hasta casa?

—No. Tía Felicie es una mujer un tanto anticuada que no comprendería nuestra amistad.

—Como usted quiera. Pero podré verla, ¿verdad?

—Venga mañana por la tarde, si puede. Nos veremos aquí mismo.

—Muy bien.

—No sé cómo voy a pagarle todo lo que ha hecho por mí.

—No tiene importancia; de veras...

Pero ella se acercó a él. Y antes de que Harley pudiera darse cuenta los labios de la muchacha se posaron velozmente sobre los suyos, huyendo después ella hacia la casa.

Adela había dejado la bicicleta y no escuchó lo que el joven le decía sobre esto. Siguió corriendo, diciéndose que lo que acababa de hacer era algo ilógico y absurdo.

Pero no había podido contenerse.

El viaje a West City no había servido para nada, ya que no consiguió adivinar algo que la orientase hacia los misteriosos atacantes que habían hecho fracasar el golpe.

Quizá por eso, al encontrarse tremendamente sola, ante una responsabilidad tan grande, se sintió atraída hacia aquel muchacho que, de una manera noble y desinteresada, se había puesto a su disposición.

Al llegar a la casa el corazón le latía con fuerza. Pero no pudo saber, mientras abría la puerta, si era debido a la carrera que se había dado o la emoción que el contacto con los labios del muchacho había provocado.

Caddie le salió al encuentro.

—¡Gracias a Dios que llegas, hermana!

—¿Ha ocurrido algo?

—Perdóname, Adela...

—Pero... ¿qué ha pasado?

—No pude evitarlo, querida. ¡El doctor Wilson se ha escapado!

Estaban irremisiblemente perdidas.

CAPÍTULO VII



AME otra taza de café, querida.

Beth lo hizo, mirando a su esposo, que tenía la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho. Desde que había llegado, contándole escuetamente lo ocurrido, Wade no había despegado los labios y permanecía sumido en un hosco y obstinado silencio.

Durante un buen rato ella dudó en decirle la verdad y confesarle que Harley iba a ayudarle; pero, pensándolo mejor, se dijo que aquello podía herirle aún más, desesperándole por completo.

Ahora estaba nerviosa por la tardanza de su hermano, que no sólo había faltado al almuerzo, sino que no había dado señales de vida en todo el día.

Eran ya más de las diez de la noche.

Como si hubiese adivinado sus pensamientos, Wade levantó la cabeza y mirando a su esposa preguntó:

—¿No sabes dónde ha ido Harley?

—No. Se llevó tu motocicleta y dijo que iba a pasear. Pero me advirtió que no me alarmase si llegaba tarde.

—Comprendo.

No dijo más, quedando con la mirada fija en la taza de café que humeaba ante él y que aún no había tocado.

—Vamos a irnos de aquí, querida — dijo de repente.

—¿Irnos?

—Sí.

—¿Adónde iremos, Steph?

—No importa dónde. ¡Estoy harto de todo esto y quiero alejarme! Es muy posible que volvamos a la Tierra.

—Pero tú quieres mucho a West City.

Una amarga sonrisa entreabrió los labios del hombre.

—Es cierto... pero no hay más remedio.

—¿Por qué no hablas primero con Harley?

—¿Y qué quieres que haga tu hermano? No quiero darle preocupaciones. Tenemos dinero suficiente para irnos. Una vez en la Tierra, no estoy manco y podré trabajar. Pero no puedo quedarme aquí, Beth. He fracasado y no me atrevería a ir por la calle.

—¿No has cometido ningún crimen!

—No importa. La gente de aquí está acostumbrada a considerarme como al jefe de policía; pero ahora, con Cummings en la Jefatura, estoy seguro de que todos me volverán la espalda.

—No pueden ser tan desagradecidos.

—Tú no conoces a la gente, querida. Mientras les defiendes y te saben imprescindible, todo son carantoñas y sonrisas... Pero cuando cambian las

normas, la gente se vuelve odiosa, dura, implacable.

—Está bien. Ya sabes que te seguiré donde sea; pero no creo que tengas que salir huyendo de aquí como si hubieses hecho algo malo.

Wade no dijo nada.

Conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, Beth prefirió huir a la cocina; pero cuando se disponía a hacerlo el timbre de la entrada resonó con fuerza y ella sintió que una esperanza loca se adueñaba de su pecho.

Fue a abrir.

Y cuando Harley apareció, ella, sin poder contenerse, se echó a sus brazos, apretándose contra su pecho y dejando salir entonces el llanto que con tanto esfuerzo había contenido hasta aquel momento.

—Pero... ¿por qué lloras?

Cerró la puerta, llevándola, pasando una mano por su cintura, hasta el comedor.

Wade estaba allí, mirándole fijamente.

—Hola, Harley — saludó el ex policía.

—Hola.

El joven obligó a su hermana a que se sentase; después, tomándola por el mentón, le levantó la cabeza.

—Basta de lágrimas, Beth.

Ella le sonrió, limpiándose después los ojos con un pañuelo.

—Suénate — le dijo él.

Obedeció.

Y Harley, sonriente, sin dejar de tenerle la cabeza en alto, dijo:

—Tú me hacías sonarme muchas veces, Beth. ¿O es que no lo recuerdas?

Ella asintió con la cabeza. Se veía claramente que luchaba aún por impedir que el llanto se apoderase nuevamente de ella.

Poco después logró que la mujer se calmase casi por completo. Y sin dejar de sonreír dijo:

—¿Vas a dejarme sin cenar, hermana?

—Perdona —[^] repuso ella, levantándose —. Voy a prepararte algo.

—Bien.

Esperó a que Beth estuviese en la cocina; luego, mirando fijamente a su cuñado, dijo:

—Sé todo lo que ha pasado Steph.

Y le contó su visita a Coleman y la que después había hecho al notario, con la imprevista llegada de los Cummings.

Wade le miró con sorpresa.

—¡Tú estás haciendo algo, Harley! ¿Por qué no me hablas con claridad? ¿De dónde vienes ahora?

—De Venusville. Y voy a hablarte con claridad, Steph. Escúchame con atención y luego prepárate a irte de aquí. Necesito que Beth y tú salgáis antes de mañana para la ciudad.

—¡Habla! ¡Me tienes sobre ascuas!

Y Harley habló.

Beth, que había llegado con la comida, no se atrevió a interrumpirle, escuchándole, como lo hacía Steph, con los ojos tremendamente abiertos.

Y es que lo que estaba diciendo el agente de la SIP era verdaderamente extraordinario.

* * *

Adela estaba en la habitación, sentada al lado del lecho donde Annette dormía en el profundo sopor de la fiebre.

Gaddie estaba junto a ella.

—La situación no es nada halagüeña — dijo Adela —El que el doctor se haya escapado no va a darnos tiempo para nada. ¿Cómo ocurrió?

Caddie se echó a llorar.

—¡No pude evitarlo, hermana! Me engañó, diciéndome que Annette me llamaba y yo subí, como una tonta y mientras, salió él. Cuando me di cuenta de que me había mentido, corrí fuera, pero ya había desaparecido. Momentos después llegabas tú.

—¡Ese viejo loco!

—¿Qué crees que hará ahora?

—¿Qué quieres que haga? Irá corriendo a la policía y tendremos aquí a todos los de la ciudad antes de que cante un gallo.

—¿Nos cogerán?

Pero Adela no contestó.

Una idea acababa de penetrar en su mente y sus labios se entreabrieron con una sonrisa.

—Espera... Es posible que no nos ocurra nada.

—¿Eh?

—Sí. Wilson sabe que no nos dejaremos coger así como así y que la vida de los viejos Olsen peligra si la policía viene aquí.

—Pero... no irás a hacerles nada a esos pobres viejos, ¿verdad?

—No. A John le dije que lo haría, porque temía que se deshinchase, como ya le estaba, ocurriendo.

—Nosotras no hemos matado nunca a nadie, Adela. Hemos robado, eso sí, pero nuestras manos están limpias de sangre.

—Y lo seguirán estando, hermana. Pensándolo bien, creo que el doctor reflexionará un poco antes de tomar una decisión grave. ¡Fíjate si ha valido el mostrarse dura cuando él estaba aquí! Si no nos hubiese visto decididas a hacer algo fuerte, ya tendríamos la policía aquí.

—Es posible que vengan.

—Sí. Todo depende de lo que pase esta noche. Si Wilson va a la Jefatura, tendremos a los polizontes aquí sin tardar mucho.

—Nunca debimos robar en el cementerio, Adela. ¡Si no hubiésemos escuchado a John!

—Eso ya no se puede remediar. Lo peor es que estamos sin dinero y que lo necesitamos para salir de aquí. Con un coche, para llevar a Annette, saldríamos de esta maldita tierra y nos iríamos a la ciudad, donde podríamos estar ocultas hasta que llegase el momento de partir a la Tierra.

—Nunca lo conseguiremos.

—No seas tonta. Si Wilson, como creo, lo piensa un poco, nos dará tiempo para obrar. Y entonces ya no nos cogerán.

—¿Qué piensas hacer?

—Ir a la ciudad.

—¡No vuelvas a dejarme sola aquí!

—Es necesario. Pero no iré sin antes ver si Wilson nos ha denunciado. Si esta noche no viene nadie y pasa la mitad del día de mañana sin que la policía se acerque aquí, tendremos la prueba de que Wilson no se ha decidido a denunciarnos. Y si ocurre así, mañana me iré a la ciudad.

—¿Cómo?

Adela sonrió.

Luego, mirando a su hermana, le refirió el encuentro con Harley y su viaje en motocicleta.

—Es un muchacho maravilloso, Caddie.

—¿No irás a decirme que te has enamorado de él?

—No lo sé...

—¡Pero tú siempre nos previniste contra los hombres!

—Es cierto. Pero las cosas han cambiado mucho... para todas nosotras. Y si salimos de ésta nunca más volveremos a meternos en nada sucio... Con el dinero de las joyas, de las que nos quedan, podremos poner un negocio en la Tierra y vivir tranquilas.

—¡Ojalá fuese ya una realidad! Aunque la pobre Bert no estará ya con nosotras.

Adela cerró los ojos.

—No hablemos de nuestra hermana; te lo ruego. Es la única cosa que me pone frenética. Porque, si pienso en ella, no nos iremos de aquí hasta haberla vengado.

Una pausa; después Adela dijo:

—Quédate aquí. Voy a salir fuera y ver si algo ocurre esta noche... no puedo estar aquí tranquila,

Salió de la casa y se escondió en un lugar desde donde podía ver el camino que llevaba hasta la autopista. Así, si la policía llegaba, podría verla antes.

Aunque no sabía qué haría, si tal cosa ocurriese.

Se sentía tremendamente cansada y, de no haber tenido la posibilidad de pensar en Harley, cuyo recuerdo paliaba un tanto su propia desesperación, hubiera hecho cualquier barbaridad.

Resistió toda la noche, y cuando, al amanecer, penetró en la casa, viendo a la señora Olsen que estaba preparando el desayuno, se acercó a ella.

—Buenos días.

La mujer se volvió, sorprendida por aquel inesperado tono amistoso de la joven.

—Buenos días, señorita.

—Creo que pronto les dejaremos tranquilos. ¿Verdad que nos odian?

Felicie sonrió.

—No, señorita. Ni mi marido ni yo las odiamos... ni nunca hemos odiado a nadie.

—Son ustedes muy buenos; pero ya comprenderán que no nos queda más remedio...

La mujer la miró intensamente.

Después, con voz clara, dijo:

—No sé si va a enfadarse usted, señorita; pero si me permitiera darle un consejo...

—No me enfadaré.

—¿Por qué no dejan esta vida? Podrían devolver lo robado y presentarse a la policía. El jefe, Stephan Wade, es un hombre muy bueno y haría lo posible por atenuar la pena que les impusiesen.

—Es ya muy tarde, señora. Pero no se preocupe; le prometo que, si salimos de aquí, nunca más volveremos a robar.

—¡No sabe usted la alegría que me da!

Adela no fue capaz de echarse en la cama, a pesar de que después de aquella noche de vela se encontraba rendida.

No podía permitirse tal lujo.

Por eso, sentada en el comedor y sosteniéndose a base de café, pasó toda la mañana con la mirada fija, a través de la ventana, en el camino que debía conducir a la policía en caso de que Wilson hubiese hablado.

Le extrañaba que el doctor no lo hubiese hecho.

Pero la mañana pasó sin que nada raro aconteciese. Y cuando después de comer Adela pensó que estaba citada con Harley una emoción nueva se apoderó de ella.

Cuando se acercaba la hora de la cita subió y tomó las joyas que le quedaban.

—Él me ayudará a llevarlas a la ciudad. En nadie pueda confiar como en él... aunque de momento no puedo decirle la verdad.

Y se sintió inundada por una ternura que jamás había sentido.

.

CAPÍTULO VIII



OLO en la casa que su cuñado y su hermana habían abandonado en plena noche, Harley terminó de hacer sus planes. Salió por la mañana, después de cerrarla, impidiendo así que nadie supiera que él había vivido allí.

La moto le podía seguir sirviendo y así, sobre ella, se dirigió hacia el centro de la ciudad. Se detuvo ante, la Jefatura.

No tuvo más que decir su nombre para ser introducido en el despacho del nuevo jefe.

Fred Cummings tronaba allí, con su aire de superioridad de siempre.

—¡Buenos días, amigo! —saludó al ver a Harley.

—Buenos días. ¿Algo nuevo?

—Nada aún. Los equipos técnicos que mi tío me ha enviado de Venusville están estudiando el cementerio. Tenemos que encontrar algo, puesto que nuestros métodos son más eficaces y modernos que los que tenía Wade.

—¿Sigue creyendo que la banda continúa por los alrededores?

—Es muy posible que se hayan escondido cerca o que se hayan ido a la ciudad. Pero allí ya les hemos tendido una buena trampa.

—¿Sí?

—Desde luego. Todos los joyeros de Venusville han recibido orden de avisar en cuanto alguien sospechoso se presente a vender las joyas, Cuya descripción nos ha facilitado el notario Bruke. ¿Qué le parece la trampa?

—Magnífica.

—Por otra parte hay fuerzas de la policía en el espaciódromo de Venusville. Y nadie saldrá con joyas, puedo asegurarlo.

—No pueden escaparse.

—Es nuestro objetivo. Además, la población está contenta, porque sabe que nadie podrá volver a robar en el cementerio. Les cuesta dinero, pero están satisfechos.

—Ha sido una buena medida. ¡Lástima de no haber pensado antes!

—No es mi culpa, señor Riley. Recuerde que yo no estaba aquí antes.

—Es cierto.

Se despidió del petulante jefe de la policía, tomando después el camino que llevaba a la magnífica finca de los Bruke; pero cuando estuvo cerca de ella abandonó la motocicleta y continuó el camino a pie, procurando avanzar sin que nadie pudiera verle.

Al llegar junto a la alta tapia buscó un sitio por el que poder subir. Y

cuando lo logró se asomó por arriba, viendo la piscina y a la pareja, el señor y la señora Bruke, sentados ante la mesita de mimbre.

Los dos hijos no estaban.

Frunciendo el ceño, yendo de nuevo en busca de su vehículo, con el que atravesó el pueblo, se acercó al cementerio. Desde lejos, y utilizando unos gemelos, observó los alrededores de aquel lugar, observando que había un guardián cada cincuenta metros.

Luego regresó a la ciudad.

Comió en un restaurante del centro, esperando la hora de su reunión con la muchacha.

La cabeza le daba vueltas.

Sabía bastantes cosas, muchas de ellas se las había contado a Wade; pero quedaban aún otras muchas por ser descubiertas. Con lo que sabía no podía decidirse a actuar como lo hubiera deseado.

Claro que su plan iba haciéndose más peligroso a medida que avanzaba en su realización.

—Tengo que decidirme — se dijo —. No hay más remedio.

Abandonó el local y subió a la moto. Después se dirigió hacia la autopista, corriendo por ella hasta que, una vez en el camino de la granja, torció por él, viendo la silueta de la muchacha que ya le esperaba en el lugar convenido.

Por mucho esfuerzo que hizo, no pudo por menos de experimentar aquella emocionante sensación que sentía cada vez que pensaba en Adela o estaba a su lado.

Bajó de la moto y ella se arrojó a sus brazos.

Después ella, mirándole, dijo:

—¿Podrías llevarme a la ciudad, querido?

—¡Claro que sí!

Había notado que ella llevaba una cartera de piel oscura, que tenía firmemente cogida de la mano.

—¿Vas a hacer algún recado? —inquirió.

—Es un encargo de tía Felicie. No te molestará, ¿verdad?

Se habían tuteado con toda naturalidad.

—En absoluto, Adela. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

La muchacha se colocó detrás de él, pasándole el brazo por la cintura. Harley puso en marcha el vehículo.

Una vez en la autopista, aceleró. Como el día anterior, sentía el emocionante contacto de la mano de la muchacha junto a su pecho.

Después de seguir una larga y hermosa recta, la carretera empezaba a

incurvarse a medida que ascendía por una colina, completamente cubierta por vegetación espesa y baja.

El joven cambió la marcha, poniendo segunda para subir la empinada pendiente.

Y fue entonces, al tomar la primera curva, cuando la ráfaga estalló, dejando oír el silbido peligroso de las balas, que pasaron rozándoles.

—¡No te muevas! — rugió él.

Gracias a su sangre fría, consiguió dominar al vehículo, haciéndole describir una curva cerrada, poniendo el pie en el suelo y girando sobre él como los corredores de Dick Trac.

Una segunda ráfaga mordió el asfalto donde los, que tiraban suponían que iba a estar la moto, al seguir su trayectoria por la curva.

Después de haber girado y sin preocuparse de cambiar la marcha, Harley aceleró a fondo, bajando la cuesta como una exhalación.

Fue entonces cuando ella gritó.

—¡Para, Harley, para! ¡Se me ha caído la cartera!

—¡No podemos hacerlo!

Y aceleró aún más.

De no haberlo hecho, hubieran recibido la ráfaga de lleno, ya que los agresores disparaban ahora sin cesar. Pero pronto, a la tremenda velocidad que llevaban, estuvieron fuera del alcance de los otros.

Harley disminuyó la marcha, terminando por frenar.

Y la muchacha, que saltó al suelo, le ofreció un rostro arrasado por el llanto.

La tomó en brazos.

—¿Por qué lloras, Adela? ¡Nos hemos salvado y eso era lo más importante!

Ella le miró a través de las lágrimas.

Comprendía perfectamente que el joven se había portado como un valiente y que, de no ser por su decisión, estarían ahora muertos, en la carretera.

Como John y Bert.

Por eso, movida por la desesperación de haber perdido las joyas y por la desilusión que le hacía hundirse definitivamente:

—¡Tengo que decirte la verdad, Harley! ¡Quiero decirte que lo que iba en la cartera eran las joyas, la mitad de ellas, de las que mis hermanas y yo robamos en el cementerio!

—¿Eh?

—Ya sé que vas a odiarme, pero poco importa lo que hagas. Puedes ir a la policía y denunciarme...

—No lo haré, Adela...

Le miró, con la sorpresa pintada en el rostro que llevaba las huellas que el llanto había dejado en él.

—¿No me denunciarás?

—No.

—Pero me desprecias, ¿verdad que sí?

—Tampoco.

La volvió a tomar en sus brazos. Y teniéndola apretada contra él, le susurró al oído.

—También tengo que decirte yo algo, querida. Vine a robar en el cementerio, pero por lo visto, vosotras os anticipasteis....

Ella se soltó, mirándolo como si lo viese por primera vez.

—¡No! ¡No es posible!. — exclamó.

—Lo es.

Y le contó una gran historia que llegó a convencer plenamente a la muchacha.

Adela había dejado de llorar.

Le parecía tan fantástico lo ocurrido que terminó por sonreír.

Pero Harley:

—Yo voy a ir al cementerio, querida. No puedo dejar escapar la ocasión.

—¡No lo hagas! Ahora está vigilado. Lo dijo la radio.

—¿Es que no vas a venir conmigo?

—¿Yo?

—Sí. Lo más difícil es abrir los panteones y yo supongo que vosotros utilizasteis algo especial.

—Es cierto; pero ¿cómo lo sabes?

—Deducciones. Sabía, querida, desde el primer momento, que no eras la sobrina de los Olsen.

—¿Eh?

—Sí, porque mientras tú fuiste por la ciudad, yo consulté los libros del Ayuntamiento en los que se decía que los Olsen no tenían familia y que sus bienes, cuando murieran, estaban destinados a obras de caridad.

Le miró con admiración.

—¿Y sabías también que llevaba las joyas a la ciudad?

—No, eso no. Porque, si lo hubiera sabido, hubiera vuelto por ellas, impidiendo que los que nos han atacado se apoderasen de ellas. ¿Quiénes son, Adela? ¿Los conoces?

—No.

—Está bien. Vamos a volver y te dejaré en la casa. Esta noche vendré a verte.

—¿Por qué no te quedas conmigo?

—¿Es prudente?

Ella sonrió.

—Es igual — repuso —. Te presentaré a mis hermanas... Ya eres de los nuestros y te has convertido, por algo maravilloso, en nuestro nuevo jefe.

—¿Hubo otro?

—Sí, pero luego te lo contaré todo en casa. Lo único que te pido es que no digas nada a Caddie de lo que vamos a hacer. Cogemos el aparato que John inventó y nos iremos, juntos. Ya lo sabes todo y he de decirte una cosa.

—¿El qué?

—Que, con toda franqueza, desde el principio temía que un abismo tremendo se abriese entre nosotros.

Harley se mordió los labios, sintiendo una desagradable sensación en el pecho.

Pero luego dijo mirándola a los ojos:

—No hay abismo entre dos personas que se quieren, Adela.

Y la estrechó una vez más entre sus brazos.

* * *

Invitado en casa del notario, el nuevo jefe de policía, Fred Cummings, disfrutaba de la elegancia de aquella mansión. El comedor era un modelo de preciosismo ultramoderno y Cummings no había dejado, desde que llegó, de alabar aquel conjunto que demostraba un gusto exquisito.

Servido por dos criados, ahora degustaba los platos selectos que le iban poniendo, regándolos con los vinos generosos que ponían su nota de color sobre la mesa.

Alfred, que estaba a su lado, charlaba sin cesar con él. Su esposa y sus hijos seguían atentamente la conversación, pero sin inmiscuirse en ella.

—¿Sabe usted — decía el notario — que la gente de la ciudad está muy contenta de las medidas tomadas por usted en el cementerio?

Fred sonrió halagado.

—Era elemental, amigo mío — repuso con un tono engolado en la voz —. Ya comprenderá que yo no podía exponerme a un nuevo robo, lo que hubiese sido catastrófico, desde todos los puntos de vista.

—¿Es que contaba usted con un nuevo intento?

—¡Evidentemente! Cuando un ladrón consigue un golpe, como los autores del perpetrado en el panteón de los Coleman, sin que hasta ahora hayamos logrado detenerlos, es muy probable que, engolosinados, volviesen para

intentar repetirlo. Pero esta vez no se atreverán.

—Tiene usted razón. Además, si un nuevo robo se hubiera llevado a cabo, la confianza del pueblo en las autoridades hubiese desaparecido como por ensalmo.

—Desde luego.

—Y una de las primeras cosas que hubieran hecho era el sacar las joyas de los panteones.

—Naturalmente.

—Pero gracias a usted, mi querido amigo, la normalidad ha vuelto a West City y todos le estamos honda y sinceramente agradecidos. Sólo esperamos, con verdadera ansiedad, que coja usted a los ladrones.

—Pronto lo lograremos. Mi tío está colaborando conmigo y todas las joyerías están siendo vigiladas de cerca. Porque no creo que esos ladrones estén tan locos como para intentar sacarlas de Venus. Los equipajes y los viajeros son cuidadosamente registrados. No podrán escaparse.

—Seguro.

Siguieron charlando y estaban tomando el café cuando uno de los criados se acercó a la mesa.

—Hay un inspector de policía que pregunta por el señor Cummings — anunció.

—¿Puedo hacerle pasar? — inquirió Fred.

—Desde luego, amigo mío. Pondremos una taza más de café. Ya sabe que mi casa está a su entera disposición. Hágalo entrar, Mathias.

—En seguida, señor.

Momentos después, el inspector que había sido nombrado al mismo tiempo que Cummings penetraba en el salón, con una expresión radiante en el rostro.

—¡Ya los tenemos, señor!

—¿Qué quieres decir?

Pero el otro, sin contestar a la pregunta que le había sido formulada, sacó un sobre del bolsillo y se lo tendió al jefe de policía.

—Hemos recibido este anónimo, señor.

Fred lo tomó y echó una ojeada a la nota.

Sonrió y empezó después a leerla en voz alta:

Señor inspector de policía: Todos nosotros estamos orgullosos de usted y deseamos colaborar con una policía que, al fin, está dispuesta a terminar con los ladrones. Y es respecto a esto de lo que quiero informarle, ya que la banda que robó en el cementerio está oculta en la casa de los Olsen...

Levantó los ojos, mirando a los presentes.

—¿Se dan cuenta? — dijo, después —. Basta obrar bien para encontrar una sana y sincera colaboración de los habitantes de la ciudad,

—¡Es formidable! — exclamó el notario.

—¡Magnífico! —dijo su esposa, despegando los labios por vez primera.

Y el inspector, que seguía de pie, preguntó:

—¿Cuándo quiere que vayamos a detenerlos, señor?

Cummings sonrió.

—Pronto; pero, por el momento, tómese la taza de café que le han servido. Después nos iremos y organizaremos una operación policiaca que va a hacer hablar durante mucho tiempo. ¿Puedo llamar al señor Coleman?

—Desde luego que sí.

—Interesa que la prensa se informe directamente de lo que vamos a hacer. Y ahora que recuerdo, ¿sabe alguien dónde se aloja aquel joven tan simpático del ¿«Washington Post»?

—¿Se refiere usted al señor Riley?

—Sí.

—No sé. Creo que salió para la ciudad a fin de enviar una de sus crónicas.

—¡Qué le vamos a hacer! Ya le dará Coleman toda la información necesaria, incluso la gráfica.

—¿Y si descorchásemos unas botellas de champaña para celebrarlo? —: inquirió el notario.

—Usted me halaga, amigo mío...

—¡No tiene importancia! Mathias...

—Señor.

—Baja a la bodega y trae algunas botellas de las mejores. No podemos pasar esta gran ocasión así como así,...

CAPÍTULO IX



IRVIÉNDOSE de la moto, Harley tomó un camino que no penetraba en la ciudad, con la muchacha a la grupa del vehículo.

Mucho antes de llegar al cementerio, el joven, detuvo la motocicleta, escondiéndola en una zona de vegetación baja.

—Seguiremos el camino a pie — dijo.

—Está bien — repuso la muchacha.

—¿Tienes miedo?

—A tu lado, no.

Riley sonrió.

Después, tomándola de la mano, descendió la pendiente hacia el estrecho camino antiguo que bordeaba la pared oeste del cementerio. Una luz nocturna, producida por los reflejos solares sobre la densa atmósfera de Venus, bacía el efecto de que en la Tierra hubiera causado una pálida luna, logrando una visibilidad relativa.

Avanzaron hasta que pudieron ver el interior del recinto, donde los guardias, separados por una distancia de unos cien metros, permanecían inmóviles en sus puestos.

Llegaron junto a la tapia.

Y Harley dijo en voz baja:

—Es necesario, querida, que no nos vean; pero como sería imposible pasar, tendrás que llamar su atención de la manera que te lo he dicho. ¿Estás dispuesta?

—Sí.

—No temas, ya que podrás volver a irte sola cuando les hayas convencido de que estás mejor. ¿Lo llevas preparado todo?

—Sí.

—Una vez hayas logrado deshacerte de ellos, vuelve a la carretera y me

esperas en cualquier parte. Cuando veas pasar la moto, me haces una señal.

—De acuerdo.

—No olvides que no deben darse cuenta de que hemos robado. Hemos de tener tiempo suficiente para llevar a cabo la segunda parte del plan.

—Lo he entendido todo, Harley querido.

—Mejor. Hasta luego, entonces.

—¿No me das un beso?

Lo hizo.

Y ella, sin soltarle aún, dijo:

—¿Recuerdas bien el emplazamiento del panteón de los Rossinni?

—Sí.

—Ya sé que manejarás la llave magnética de John con toda facilidad. Pero no olvides cerrar la puerta cuando hayas cogido las joyas.

—No temas.

Volvió a besarla y se alejó de ella.

Momentos después, la muchacha lanzaba un alarido espeluznante, haciendo que los guardias del cementerio acudiesen desde todas partes, saltando la verja para llegar hasta donde ella se retorció en el suelo.

La rodearon, vertiendo sobre la muchacha el fuego de sus potentes linternas.

Y se estremecieron.

Porque Adela se retorció en el suelo, sin dejar de echar sangre por la boca.

—¡Dios santo! — exclamó uno de ellos.

—¡Hay que auxiliarla!

La cogieron, entre dos, llevándola a lo largo de la tapia, ya que no podían saltar con ella. Dirigiéndose directamente a la casa del antiguo guarda, que había conseguido quedarse, le despertaron, así como a su esposa, tratando de contener aquella hemorragia que no parecía tener término.

—Tendremos que llamar a un médico — dijo uno.

Pero la mujer de Fedor se negó rotundamente, diciendo que ella iba a arreglar las cosas en un abrir y cerrar de ojos. Puso compresas frías en el pecho de la muchacha y, en efecto, poco después, la hemorragia cesaba y Adela abría los ojos.

—¿Dónde estoy?

Se lo dijeron.

Y uno de los guardianes, el más desconfiado, preguntó:

—¿Qué hacía usted por el cementerio a estas horas?

—Me había perdido. Salí de la ciudad con mi novio y tuvimos un disgusto.

Él se alejó y yo seguí mi camino, sin saber dónde, iba, furiosa y decepcionada. Después, no sé exactamente cuándo, empecé a sentirme mal... era como si algo me desgarrase el pecho...

—¡Bandidos! — exclamó la mujer de Fedor —. ¡Todos los hombres son iguales! ¡No tienen conciencia!

Adela se incorporó.

—Estoy mucho mejor... han sido ustedes muy buenos... Voy a volver a casa.

—¿Sola? — preguntó uno de los hombres.

—Sí, es mejor. Les aseguro que estoy ya completamente restablecida. Ha debido de ser el disgusto.

—¡Desde luego! — rezongó la guardiana.

La acompañaron hasta la puerta, prestándose uno de ellos a acompañarla.

—De veras que no — insistió ella —. Les estoy infinitamente agradecida. Y si no me encontrase bien del todo, me quedaría aquí esta noche... pero ya estoy bien.

—Como usted quiera.

Se alejó, llena de un temblor que le producía la emoción que estaba experimentando. Y cuando estuvo a un par de kilómetros del cementerio, se hizo a un lado, ocultándose entre las zarzas, pidiendo con desesperación que Harley hubiera tenido suerte.

Pasó cerca de un cuarto de hora antes de que oyese el motor de la motocicleta. Y cuando el faro iluminó la carretera, salió de su escondrijo, haciendo señas al conductor.

Harley paró, sonriendo.

—¿Salió todo bien, querida?

—Lo mío sí. ¿Y lo tuyo?

—Estupendo. ¡Te has puesto buena con la anilina que tenías en la boca! ¡Menudo traje te has puesto!

—Eso no importa. Cuando les vi llegar, rompí, con los dientes, la pastilla que me diste y parecía, en efecto, que me estaba desangrando... aunque casi pierdo la partida.

—¿Por qué?

—Porque se habían empeñado, como era natural, en llamar a un médico. De no ser por la mujer del guardián, nuestros planes se habrían torcido.

—Está visto que tenemos suerte.

—¿Has cogido todas las joyas?

—Todas. Y he cerrado la puerta, de manera a que nadie sepa que he estado allí. ¿Sabes que la llave magnética de John es una maravilla?

Ella sonrió, mientras montaba en la moto.

—Gracias a ella, querido, hemos abierto muchas puertas.

—Lo supongo — repuso él, poniendo el vehículo en marcha —. Y ahora, Adela, a la ciudad.

Pero cuando pasaban por la autopista, no lejos del camino que iba hacia la granja de los Olsen, vieron que ésta estaba iluminada por gran cantidad de focos.

Adela palideció.

—¡Mira! ¡La policía!

—No podemos detenemos ahora...

—Pero... ¿y mis hermanas?

—No te preocupes. No pueden demostrarles nada, ya que no tienen las joyas.

—Es cierto.

—Además, Adela, con dinero podremos ayudarlas a salir del aprieto; aunque te repito que no pueden condenarlas sin pruebas. Vamos a Venusville. Quiero llegar allí antes de amanecer. Nos meteremos en un hotel, en el que ya tengo reservada habitación. Luego saldré a comprarte un impermeable, para que no se vean esas manchas rojas en tu vestido. Después iremos a vender las joyas.

Y aceleró al máximo.

* * *

Lewis Corsen penetró en su tienda, saliendo del fondo donde tenía instalada su lujosa vivienda.

Como todas las mañanas, echó una ojeada a las mesas cubiertas de cristal especial donde exhibía joyas de todas clases, guardando las más valiosas en la caja fuerte. Y como todas las mañanas, después de una avara y detenida mirada a sus tesoros, fue a abrir el cierre automático, esperando que aquella jornada le proporcionase algún excepcional cliente.

Luego encendió un cigarrillo.

Momentos más tarde, sus dos empleados llegaban, dándole los buenos días y poniéndose inmediatamente las blusas azules para ocupar sus respectivos puestos, detrás de los relucientes mostradores.

La circulación de la mañana se iba animando y a través de los inmensos escaparates de la joyería, Lewis podía ver la gente y los vehículos que desfilaban, sin cesar, ante su tienda.

Fue poco después cuando una pareja penetró, haciendo sonreír a Lewis que pensó inmediatamente en una pulsera de pedida o un anillo con alguna piedra.

Pero los recién llegados se dirigieron directamente a él, poniendo el

hombre una voluminosa cartera sobre el mostrador.

—Buenos días — saludó el joyero.

—Buenos días — repuso el hombre —. Deseábamos vender unas joyas.

—¿Puedo verlas?

—Desde luego.

Harley abrió la cartera y sacó a montones las piedras preciosas que había robado en el cementerio y que pusieron una constelación de brillos sobre el mostrador.

El jotero frunció el ceño.

—¿Qué le parece? —inquirió Harley.

—¡Magnífico! ¡Preciosas! ¿Quieres traerme mi lupa, Ernest?

Uno de los jóvenes se movió velozmente, desapareciendo en el interior de la tienda.

Mientras, Harley, sin dejar de mirar al joyero, preguntó:

—¿Cuánto puede valer esto?

—Pronto lo veremos, señor. Son muy bonitas... pero necesito mi lupa. Soy viejo y ya no veo como antes.

El empleado tardó unos minutos en regresar, llevando un sistema óptico completo.

—¿Cerraste bien el armario? — inquirió el joyero.

—Sí, señor.

Lewis sonrió.

Acababa de recibir la contraseña que había dado a Ernest para avisar a la policía en el momento en que se presentase alguien a vender joyas. No le cabía la menor duda de que aquellos dos jóvenes eran miembros de la banda que había robado en el cementerio.

Pero mientras la policía se presentaba, la curiosidad profesional de Lewis le arrastró a examinar las gemas que había sobre el mostrador. Y fue poco después cuando, levantando la cabeza y mirando fijamente al joven preguntó:

—¿Qué significa esto?

—No le entiendo.

—¡Estas joyas son falsas!

—¿Falsas? ¿Se ha vuelto usted loco?

—No.

—¡No puede ser!

—Cuando yo lo digo, es verdad. Entre todas, apenas si valen unos cientos de créditos. Están muy bien imitadas, pero no valen absolutamente nada.

—¡No lo creo!

Iba a responder Lewis cuando los policías, en masa, penetraron en el local, con sus pistolas en la mano, mandados por un inspector.

—¡Arriba las manos!

Harley y Adela obedecieron. Ella le miraba con angustia y se extrañó de que el joven sonriese y pareciese completamente tranquilo.

Las esposas se cerraron en las muñecas de los dos jóvenes; luego, el inspector, acercándose al joyero, dijo:

—Deme eso.

—Tómelo, pero le aseguro, señor inspector, que estas joyas son completamente falsas.

El policía sonrió.

—No le extrañe. Estos tipos son muy listos y temiendo caer en una trampa, como les ha sucedido, probaron con piedras falsas; pero ya les haremos decir dónde están las verdaderas.

Y volviéndose a sus hombres, que rodeaban a los detenidos.

—¡Andando, muchachos! Hemos hecho una buena caza. El superintendente va a tener su mejor día.

CAPÍTULO X



UNCA había enarbolado el superintendente Cummings una sonrisa tan radiante como cuando ordenó que los detenidos pasaran a su imponente despacho en la Jefatura de Policía de Venusville.

Pero al ver al joven, frunció el ceño y preguntó:

—¿Cómo? ¿No es usted el corresponsal del «Washington Post»?

Y antes de que Harley pudiera decir algo, siguió: —Ya comprendo. Eligió usted ese papel para engañarnos. Pero se equivocó de medio a medio, ya que ha podido comprobar, mi querido «periodista», que la policía de Venusville termina siempre por desenmascarar al impostor. Y ahora, si no quieren que les obliguemos a ello, van a hacer una declaración que tomaremos con cinta magnetofónica. ¿De acuerdo?

—Sí —repuso Harley.

El superintendente hizo un gesto al empleado que estaba al lado del magnetofón. Luego, volviéndose hacia Harley, invitó:

—Ya puede empezar.

Riley sonrió, mirando a la muchacha como para in-fundirle ánimos y darle confianza.

Después volvió su mirada, qué se clavó en los ojos del superintendente.

—Hace una semana —empezó a decir—, una banda de ladrones, formada por un tal John Curvan y cuatro muchachas, las hermanas Curtice, que habían operado ya en la Tierra, llegaron a Venus, atraídos por un artículo que se había publicado en la prensa sobre la curiosa costumbre de los habitantes de West City de enterrar con sus muertos las joyas y tesoros de la familia.

«Habían preparado cuidadosamente el golpe y poseían una llave especial, un mecanismo magnético que abre cualquier cerradura. Una vez en Venusville, prepararon todos los detalles. Una noche salieron en coche y se dirigieron directamente al cementerio de West City, sin penetrar para nada en esta ciudad.

»Sabían que había un guardián, pero conocían su afición por la bebida y no le consideraban un gran obstáculo. Por eso, mientras dos de las muchachas se quedaban vigilando junto a la tapia, John, Adela, aquí presente y Caddie, saltaron al interior, dirigiéndose al panteón de los Coleman que sabían era el que poseía el más importante botín.

«Sirviéndose de la llave magnética inventada por John, penetraron en el panteón y se apoderaron de todo cuanto allí había con una facilidad extraordinaria. Pero, cuando se disponían a salir, oyeron unos pasos y creyendo que se trataba del guardián, corrieron, sin saber hacia dónde, encontrándose, de repente, ante el depósito de cadáveres, sin haber podido cerrar la puerta del panteón.

«Abrieron, no obstante, la del depósito, ocupando las mesas vacías junto a los cadáveres que allí había. Así, cuando Fedor, el viejo guardián, penetró en el depósito, como solía hacerlo, cada noche, contó tres cadáveres de más.

«Extrañado, corrió, dándose entonces cuenta de que la puerta del panteón de los Coleman estaba abierta. Fue así como descubrió el robo. Después, al avisar a su mujer, ésta pasó por el Depósito, pero los ladrones se habían ido y ella contó el número de cuerpos que normalmente había.

—Muy interesante.

—Fedor Poblack y su esposa avisaron a la policía y ésta empezó sus investigaciones.

—¿Y los bandidos?

—Las cosas empezaron a ir mal para ellos. Una vez salieron del depósito, los tres se reunieron con las dos muchachas, saliendo con el coche hacia Venusville. Pero antes de llegar al kilómetro veinticinco, fueron ametrallados y escaparon de milagro.

—¿Quién los ametralló?

Harley pareció no haber escuchado aquella pregunta.

Y prosiguió:

—Atacados de repente, con el coche convertido en un colador y con una muchacha muerta, huyeron, con el botín, encontrando una casa, la de los Olsen, donde se ocultaron, amenazando a sus ocupantes, una pareja de viejos.

—Siga.

—Más tarde, estando sin dinero, pensaron que podían vender parte de las joyas; pero, entretanto, habían llamado al doctor Wilson, al que también secuestraron para que curase a Annette, una de las hermanas que había resultado herida en la refriega.

—¿Y la muerta?

—Ya sabe usted, señor, que la abandonaron.

—Prosiga.

—Aprovechando el coche del médico, John salió, con la mitad de las joyas, con intención de venderlas; pero no volvió más: su cuerpo apareció quemado junto al carbonizado coche. Y fue identificado erróneamente como el del doctor Wilson.

—¿Y el doctor?

—Luego nos ocuparemos de él, señor superintendente. Permítame, por el momento, seguir mi relato.

—Sea.

—Poco después, un joven periodista aparece y entra casualmente, en relación con la joven Adela. Ésta, desesperada, al saber que se ha quedado sola, sale con el joven y en ella se va formando la idea de utilizarle para intentar vender la otra mitad de las joyas robadas. Están sin dinero y se impone la huida cuanto antes, ya que a pesar de que lograron engañar a la policía, cuando ésta visitó las granjas de los alrededores de West City, la situación era peor cada momento que pasaba.

«Pero las cosas se agravaron definitivamente cuando Adela, al regresar con el joven de la ciudad, descubrió que el doctor Wilson había logrado escaparse.

Ello significaba que la policía no podía tardar en llegar para detener a las hermanas. No obstante, no ocurrió así y la joven consiguió convencer a su amigo, del que ya había empezado a enamorarse, para que la llevase a la ciudad para vender las joyas. No lo consiguieron porque fueron ametrallados y si bien salvaron la vida, perdieron las joyas.

—Entonces, ¿éstas que tengo aquí?

—Fueron robadas anoche, del cementerio, por esta joven y por mí, del panteón de los Rossini.

—¿Eh?

Cummings se había puesto pálido como el papel.

Fue entonces cuando el teléfono sonó a su lado.

—¿Diga? —inquirió, después de descolgar.

Escuchó unos instantes.

Después colgó y echando una mirada terrible a Harley dijo:

—El resto de la banda ha sido detenido, granuja.

—Ya lo sabíamos. Anoche, cuando veníamos a la ciudad, vimos los coches de la policía ante la casa de los Olsen.

—¡No importa! ¡Vais a pagar caro lo que habéis hecho!

—No he terminado aún, señor.

—¿Eh?

—No. Quedan dos cosas por decir.

—¿Cuáles?

—Lo que ha ocurrido con el doctor Wilson y la identidad de los que ametrallaron a la banda, mataron a una muchacha, mataron después a John e intentaron matarnos a nosotros dos.

—Siga hablando.

Harley sonrió.

—Muchas gracias, señor superintendente. Empezaré por el doctor Wilson. El pobre viejo, al huir de la casa de los Olsen, se ocultó entre unos matorrales. Luego, por casualidad, vio pasar a un motorista, que era yo, e hizo señas, rogándole que le llevase a la policía.

—¿Claro que no lo hiciste, verdad granuja?

—No. Lo llevé a la ciudad, después de convencerle de que era lo mejor que podíamos hacer. Lo dejé en un hotel, confiándolo después a dos de mis amigos.

«Pero lo más importante es lo otro. Hemos hablado, al principio, de unos pasos que oyeron los ladrones en el cementerio y que tomaron por los del guardián. Pero Fedor no había salido aún de su casa, aunque iba a hacerlo en

aquellos instantes.

»Los, pasos que oyeron los ladrones, al salir del panteón, correspondían a dos hombres que poco antes, desde su casa, que está al borde de la carretera, habían visto el misterioso coche que se dirigía al cementerio.

»Le siguieron, dispuestos a intervenir, pero la llegada de Fedor se lo impidió. Salieron pues del cementerio y esperaron al coche, ametrallándolo. Después supieron que el resto de la banda se ocultaba en la granja de los Olsen.

—¿Y por qué no lo comunicaron a la policía?

Riley sonrió divertido.

—¿A la policía? Imposible,

—¿Por qué?

—La explicación está en una interesante historia que voy a contarle a usted en pocos instantes: Había un hombre que nunca esperaba que la fortuna pasase por sus manos. Pero un día, al tiempo que se generalizaba una curiosa costumbre en West City, familias enteras, al morir sus parientes, se presentaron en su casa con los testamentos y con cajas repletas de joyas para que él cumpliese las últimas voluntades de los difuntos.

—¿De quién osa hablar usted?

—Del notario Bruke.

—¿Eh? ¿Qué locura es ésa?

—No es locura, a no ser por la parte de Bruke y sus hijos. Comprenda usted, señor, que era una hermosa tentación él verse confiarse verdaderas fortunas para enterrarlas estúpidamente donde estarían Dios sabe cuánto tiempo. Así, ¡qué sencillo sería hacer una copia exacta de aquellos tesoros y guardar los verdaderos!

—¡Mentira!

—Un momento, señor. Bruke y sus hijos se quedaron con todas las joyas confiadas, algunas de las cuales han ido vendiendo en la Tierra. De ahí el lujo asiático que los rodea. Además, su proyecto era regresar a nuestro planeta y desaparecer, viviendo a expensas de los idiotas que les habían confiado sus joyas.

«Los hijos de Bruke vieron, aquella noche, desde la terraza de su casa, que el notario construyó en el nacimiento de la carretera del cementerio para poder estar sobre aviso de todo lo raro que ocurriese allí. Tom y Al Bruke fueron los que ametrallaron a los ladrones, los que mataron a John y quemaron el coche del doctor Wilson, los que dispararon contra nosotros,

»Ya comprenderá usted que no podían permitir, en modo alguno, que las joyas robadas llegaran a Venusville.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque al intentar venderlas, se daría cuenta el joyero de que eran falsas y si la policía, como ellos sabían, vigilaba las joyerías, ¿sobre quién recaería la culpa de esta falsificación?

»Es por lo que, al perder las que llevábamos nosotros en la moto, tuve que ir a robar a otro panteón. Deseaba demostrar que el notario las había falsificado todo, guardándose las verdaderas.

Cummings parecía haber envejecido cien años.

—De todos modos, eso no le libraré a usted y a su banda de pasar unos cuantos años en la cárcel.

—Lamento no darle ese gusto, señor. Además, le ruego que diga a uno de sus agentes que me quite las esposas.

—¿Eh?

—Sí. Y permítame que me presente, cosa que puedo demostrar en cuanto me suelten: Soy Harley Riley, agente de la Spacial International Police.

Si una bomba hubiera estallado allí no hubiese causado tanta sorpresa.

* * *

Harley olió con placer el café que su hermana acababa de poner delante de él sobre la mesa.

—¡Delicioso!

—Ten cuidado — dijo ella —. Es la tercera taza que tomas.

—No temas.

Y Wade, que estaba sentado frente a él, dijo:

—¿Así que te vas hoy mismo, Harley?

—Sí. Han terminado mis vacaciones antes de lo que creía.

Intervino Beth, mirando con ternura a su hermano.

—Es por la chica, ¿verdad?

—Sí. Voy a llevar a las tres hermanas a la Tierra, donde serán juzgadas... y condenadas.

—¡Pero ellas no han matado nunca a nadie!

—Lo sé. De todos modos, además del robo del cementerio, tendrán que responder de algunos más. Tendré paciencia.

—¿La quieres?

—Sí. Y pienso casarme con ella cuando salga de la cárcel. No sé la condena que la impondrán, al mismo tiempo que a sus hermanas; pero, sea la que sea, la esperaré.

—Es muy posible — dijo Wade — que si tiene buena conducta reduzcan

la duración de la condena.

—Eso espero.

Hubo una pausa, mientras Harley bebía su taza de café, paladeándola con visible placer.

Después, Wade, que no dejaba de mirarle, dijo:

—Has hecho un buen trabajo, cuñado.

—No tiene importancia.

—La tiene: sobre todo para mí.

—Es cierto — intervino la mujer — Steph se ha convertido en el héroe de la ciudad. ¡No puedes imaginártelo, Harley! Coleman le pidió perdón y lo ha hecho públicamente, en un artículo que me hizo llorar cuando lo leí.

—¿Y Cummings?

—Vino a verme, pidiendo también excusas. Al que no vi fue a su sobrino, que desapareció, con el nuevo inspector, como si se los hubiera tragado la tierra.

—Hubieras podido convertirte en superintendente, Wade.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Para qué? Estoy muy bien aquí. Quiero a la ciudad y no cambiaría nada por las sonrisas que me dirige ahora todo el mundo. No soy ambicioso, Harley.

—Mejor.

—Ahora quisiera preguntarte cómo demonios supiste que Bruke era el culpable.

—Ha sido un cúmulo de casualidades. Pero mi extrañeza nació cuando me enteré de que habían ametrallado a los ladrones. Eso me hizo pensar que algo raro ocurría y que alguien deseaba impedir que lo robado saliese de aquí. Luego, cuando visité al notario y vi la riqueza y el lujo que les rodeaba, mis sospechas crecieron. Porque Bruke no tuvo la paciencia de esperar a marcharse a la Tierra. Deseaba gozar ya de lo que había robado.

—¿Y sus hijos?

—Al verlos, me expliqué quién había atacado a la banda, ya que no podía imaginar que el notario lo hiciese. Era demasiado elegante para andar por ahí con una metralleta en la mano. Pero sus hijos eran dos atletas consumados, dos hombres de reflejos rápidos, idóneos para el trabajo que su padre les había confiado.

—¿También te los llevas?

—Sí, pero su porvenir es más oscuro. No solamente han robado, aunque el robo puede recaer directamente sobre el padre, sino que han matado. Y eso es

peor.

—¿La Cámara Electrónica?

—Seguro.

Harley se puso en pie.

—Bueno... debo irme. He de pasar por la prisión de Venusville para coger a los detenidos y llevarlos a la astronave que nos llevará a la Tierra.

—¿Volverás alguna vez?

Harley miró a su hermana.

—Es una promesa — dijo.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando Adela salga de la prisión. Entonces, y queda prometido, vendremos a pasar unos días aquí...





¡UNA HISTORIA DE GUE-RRRA RELATADA EN EL CRATER DE UN OBUS!

EL AGUJERO

Por

MICHEL TAURIAC

*Gran Premio Literario
de Indochina.*

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5

Precio: 60 ptas.

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Qué había sido del «América», el barco más poderoso de todos los tiempos?

PIRATAS SUBMARINOS

En aquella ocasión Callowan estaba atado de pies y manos, no podía intervenir en nada...

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos